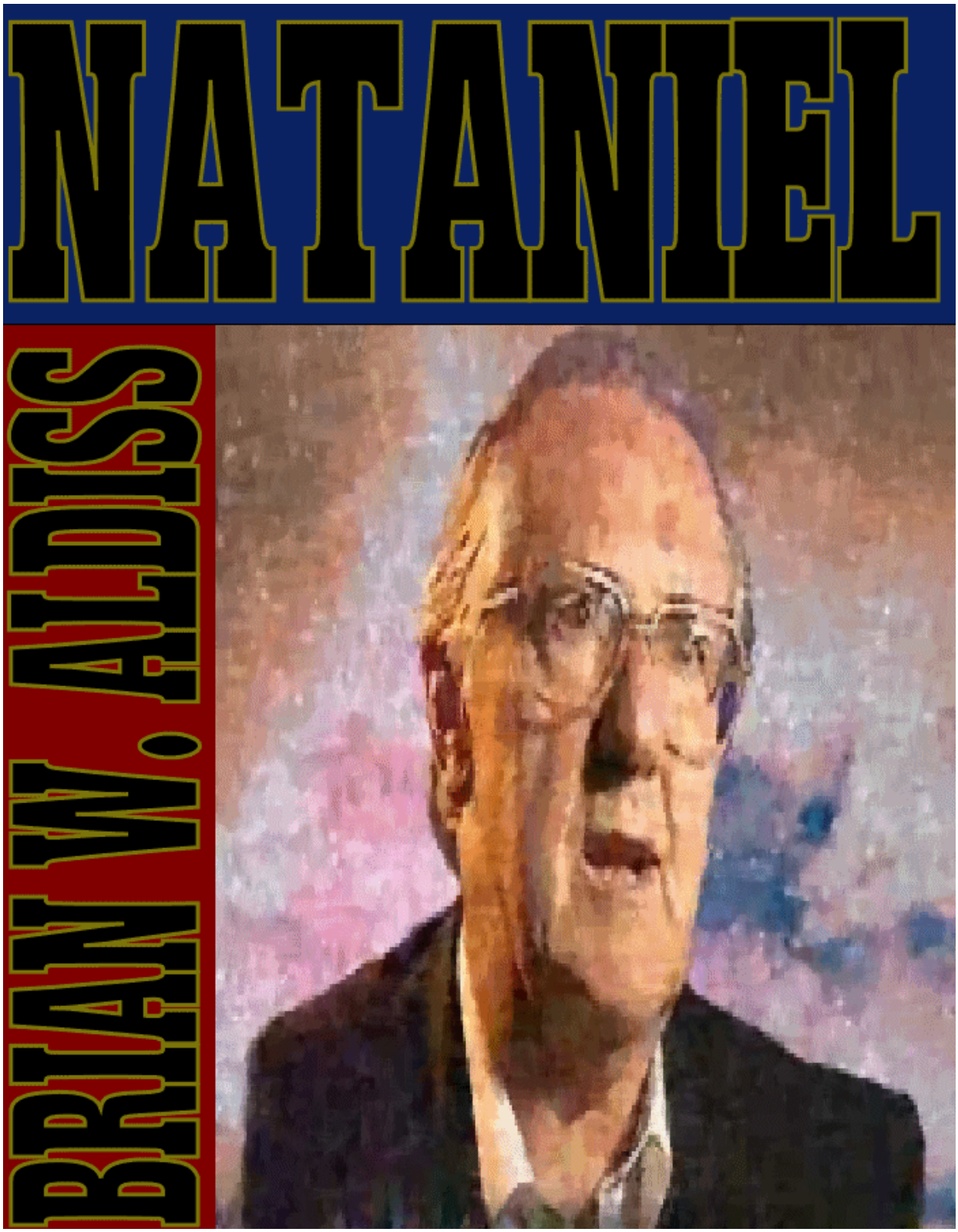
BRIAN W. ALDISS

NATANIEL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A 548
Con todo lo que esto significaba,
con todo lo que continúa significando.

Librodot

INTRODUCCIÓN

Con frecuencia la introducción la mejor parte de un libro, aunque no quiero garantizar que tal suceda en el presente caso. La lectura de introducciones constituye una ocupación por derecho propio; es extraño que nadie haya escrito sobre ella, analizándola e interpretándola «a la luz de los conocimientos actuales». Las introducciones sirven a muchos fines; pueden ser casi tan íntimas como un cenador en un jardín campestre, extenderse en alabanzas de la habilidad mecanográfica femenina, volcarse en agradecimiento a serviciales bibliotecarios, o por el alquiler de sillas de cubierta. O pueden ser también un atisbo más serio entre bastidores, una discusión de fuentes documentales, o un monólogo sobre los métodos empleados. Y, teniendo en cuenta que existen tantas variedades de introducciones como de libros, pueden ser cualquier otra cosa. Esta, por ejemplo, es cualquier otra cosa.

Algunos de los que ya hemos rebasado la treintena recordamos aquellos días en que en las reuniones respetables no se podía mencionar la Fantasía Científica. Ahora se la menciona. A pesar de que seguimos deplorando la existencia de reuniones cuya única recomendación consista en su respetabilidad, justo es reconocer que este cambio resulta agradable, pues nos da la sensación de que teníamos razón desde el principio. O, si no teníamos esa sensación, la menos jubilosa que se experimentaba cuando el fétido intruso que defendíamos conseguía convertirse en alguien y llegar a ser algo.

Este cambio sobrevenido en la consideración que merece la Fantasía Científica, ha provocado acaloradas e interesantes controversias. Han surgido dos corrientes de pensamiento opuesto, cuyos miembros se tiran pros y contras a la cabeza. De entre los rangos de los beligerantes han salido inquietos detractores, como J. B. Priestley, y espléndidos campeones como Edmund Crispin. Entre tanto, semejantes camilleros que corren entre ambos ejércitos, los escritores de Fantasía Científica continúan escribiendo tan debatido género. Y cuando aparecen a la luz publican sus colecciones de cuentos y novelas, lo hacen, muy adecuadamente, sin ir precedidas por algo tan provocador como es una introducción. Pero ahora yo, tirando a un lado mi camilla, me atrevo a embarcarme en una introducción.

“Audaces fortuna jubat” decían los romanos.

Después de haberse dicho cosas tan sutiles sobre la cuestión, sólo nos quedan los hechos evidentes, que muy posiblemente han sido pasados por alto. La Fantasía Científica es un campo abonado para la polémica. Vale la pena seguir este atisbo de algo innegable, pues la polémica no sólo prospera debido a la novedad de la Fantasía Científica..., es decir, en tanto cuanto puede hablarse de novedad; sino que continúa prosperando porque si bien la Fantasía Científica constituye al parecer un género, lo cual implica una conformidad a un modelo o tipo establecido, en realidad es un campo demasiado amplio para que pueda acogerse a una u otra categoría. ¡Los corsés del conformismo oprimen por todos lados! Aunque todavía joven y atractiva, la Fantasía Científica se convierte a pasos agigantados en algo capaz de abarcar todos los matices que resume aquello que a veces, con una expresión harto repelente, se denomina literatura «seria» o «gran literatura». Si el terreno es arable y fértil: con buen tiempo, puede plantarse en él lo que sea.

Por esta razón, a pesar de los ataques de los que es objeto, la Fantasía Científica continúa floreciendo. Todos cuantos conocen la Fantasía Científica saben que los ataques que ésta sufre sólo alcanzan un pequeño sector de la misma. Se ha acusado sucesivamente a la Fantasía Científica de ser un ocioso fantasear, simples relatos de máquinas, fundamentalmente anticientíficos, demasiado científico, una imagen demasiado sombría del mundo, una imagen

Librodot

demasiado abigarrada del mundo, una literatura no lo bastante escapista, o un cuento de hadas modernos. ¿Dónde está la verdad? A veces en ninguna de estas cosas; con frecuencia, en todas ellas. En cuanto a la observación de que gran parte del contenido de la Fantasía Científica es «inverosímil», huelga comentario para semejante realismo. Todo, considerándolo fríamente, es inverosímil, de la estrella a la uña. Verosímil e inverosímil son la misma palabra.

Hará cosa de cuatro años, todo parecía indicar que la Fantasía Científica se iba a convertir en el reino de los bestsellers. Por primera vez en la Historia, aparecieron en Inglaterra libros encuadernados en tela que ostentaban simultáneamente los nombres de autores de Fantasía Científica y de editores hasta entonces tenidos por serios. Se inauguró una época de vacas gordas y a todos se nos subió el éxito a la cabeza. Como el número relativamente reducido de autores del género no podía atender todas las demandas, surgieron novelas que ostentaban la etiqueta de «Fantasía Científica» y que habían sido escritas por autores completamente indocumentados en el género. ¡A cuatro centavos por palabra y no hacemos preguntas fue la consigna del día! Mas por desgracia, estas nuevas novelas no cumplían ninguna de las rigurosas leyes del género. Por consiguiente, el público sacó una idea errónea - o, tal vez, peor, nebulosa - de lo que pretendía ofrecerle la escuela auténtica de escritores de Fantasía Científica. Actualmente ha terminado ya la etapa del «todo sirve». Murió por consunción propia. Aquel auge repentino era un arma de doble filo. En muchos aspectos, el período actual es más interesante. (Por ejemplo, vuelve a ser posible leer toda la Fantasía Científica que se publica; si esto es deseable, es algo que depende del gusto de cada uno.) Parece como si este género literario, con alguna que otra excepción, entre las que se cuenta John Wyndham, se dirigiese sólo a satisfacer los gustos de una minoría, como la poesía, el caviar y la travesía navideña del puerto. Como la poesía: tal vez sea éste el mejor símbolo, pues la Fantasía Científica y la poesía tienen mucho de común. Ambas poseen una música insidiosa y sorprendente; ninguna de ellas resulta demasiado fácil de cultivar y de aprehender.

El hecho de que la poesía cuente con tan pocos lectores es materia para las tristes cavilaciones de los poetas; como dice el refrán, “os poetas nacen, no se pagan”. En lo que se refiere a la Fantasía Científica, la respuesta es más evidente, aunque también sea aplicable a la poesía. Cada relato de Fantasía Científica exige algo de parte del lector, incluso las tramas baladíes que contiene este libro: una reorientación, un deseo, una aquiescencia a examinar el fragmento de un Xanadu[1] ajeno. Esto no resulta cómodo para todos. Como es natural, las bibliotecas circulantes no se avienen a la idea.

Mi concepto de la Fantasía Científica como una especie de poesía no goza de mucha popularidad, lo reconozco, en algunos círculos de aficionados al género. Pero hasta el momento presente, la navegación interplanetaria, la telepatía y el resto del instrumental que empleamos no pasa de ser un sueño, pero... ¿ha existido jamás un sueño más tentador que el de la astronavegación? Estas cosas ganan más tratadas como símbolos que como hechos reales. Sólo algunos genios como James Blish y Hal Clement tienen suficiente maestría para utilizar la jerga científica de una manera convincente.

Vivimos en una época consciente de sí misma. La Ciencia, que es la investigación del hombre en su medio ambiente y en sí mismo, nos revela de continuo a nosotros mismos, y cuanto más claramente vemos la imagen, más misteriosa nos parece. Existe un algo que llamamos «vida», una llama que, como el fuego olímpico, pasa de antorcha en antorcha y mientras la sostenemos nos permite examinarnos a su luz. Lo menos que podemos decir es que somos fantásticos. Conducimos automóviles, bebemos Horlicks, miramos por el microscopio. ¿Qué haremos mañana? Esta es la pregunta que se hace perpetuamente el escritor de Fantasía

[1] Alusión al célebre poema Kítbiai Khan, de Samuel Taylor Colleridge

Librodot

Científica; con su súper conciencia de sí mismo, ve cómo el futuro le hace burlonas muecas desde las encrucijadas del tiempo... y él intenta vengarse mirándole a su vez.

Una crítica que suele hacerse a la Fantasía Científica es la de que sus personajes no son reales. Esto es tan cierto y tan imposible de responder como aquellas quejas de que determinada pieza musical no contiene melodías reales. Se trata de un comentario bastante ingenuo, que elude el nudo de la cuestión, pues el verdadero propósito de la Fantasía Científica es otro. Su virtud consiste en presentar al hombre en relación con lo que le rodea: el hombre en otro planeta, el hombre en una época diferente, el hombre frente a la vida extraterrestre, el hombre ante uno de sus propios inventos. Aunque no de una manera absoluta, podemos afirmar que la Fantasía Científica 'es el único medio de que disponemos para ocuparnos del hombre como parte integrante del universo; en cambio, la novela ordinaria sólo puede representarnos como parte integrante de la sociedad humana. Esta es la justificación del término «Fantasía Científica»... que no es, tal vez, un término tan aborrecido como se ha pretendido que era.

Me doy cuenta de que esto suena de un modo desagradable. Acabo de exponer, desnudos, los esqueletos que todos llevamos con nosotros; de todos modos, la carne que los recubre puede ser muy tentadora. Y la Fantasía Científica, como cualquier adolescente, empieza a poseer un sentido del humor, lo cual es una señal muy saludable. Frederic Brown, William Tenn y John Wyndham (para no alargar la lista) pueden ser considerados como humoristas de primer orden, «Prott», de Margaret St. Clair, es una joya de la tragicomedia; y algunos de los relatos que se incluyen en este volumen pueden considerarse humorísticos. Esto quiere decir que la Fantasía Científica no sólo trata de la dignidad del hombre, sino también de sus indignidades.

Pero los dos ejércitos que antes he citado siguen en pie de guerra: he de correr en busca de mi camilla.

Abril de 1956.

NATANIEL Y OTROS PERSONAJES

SUPERCIUDAD

No temas, Nataniel, oír una descabellada fantasía en la que exaltaré lo gigantesco, lo terrorífico o lo tremendo. El título de este relato es como lo has leído: Superciudad. No es una errata de imprenta ni debiera decir Súper-ciudad. No se trata, pues de una fábula acerca de una de las monstruosas ciudades de nuestro universo, una mega polis de las que recubren todo un planeta. Si eso es lo que te ha hecho creer una lectura poco atenta del título de este relato, estás equivocado, Nataniel.

Superciudad es una palabra inventada por Alastair Mott, el mayor supercitista de todos los tiempos, para indicar el arte de hacerse indispensable gracias a ser completamente inútil; o, como él mismo dijo con más gracia, «el camino más fácil para llegar al punto más elevado». Proviene del latín súper, encima, y cito, fácilmente.

Alastair nació para ocupar el poder, si bien, como veremos, más tarde le expulsaron del mismo. A los veintiún años fue nombrado Protágono del Territorio de Sconn del planeta Tierra, un estado de la extensión aproximada de Dakota del Norte y Dakota del Sur juntas; en realidad, era Dakota del Norte y Dakota del Sur juntas; y más tarde se convirtió en la División III de los Paraestados Unidos.

La vida de Alastair transcurría despreocupada y libre de cuidados. Su salud era excelente, sus facciones bellas y su riqueza ilimitada. Además, poseía un nidito amoroso en Ganímedes y (esto último constituía un riguroso secreto) en el momento en que se inicia la presente historia hacía la rosca, con grandes perspectivas de éxito, a la Doncella Rosalinda Staffordshire III. Asimismo - y esto sobre todo, Nataniel - no tenía conciencia social, con el resultado de que los sufrimientos y desventuras de sus subordinados no le quitaban el sueño en ningún momento ni enfriaban su efervescencia natural.

Cuando no asistía a las frecuentes fiestas y jolgorios que el saqueo de más de un millar de planetas permitió organizar con magnificencia, Alastair estudiaba de un modo irregular y caprichoso. Así se convirtió en un filólogo diletante, debido en parte a un auténtico interés por el idioma, y en parte también a un intento por proporcionarse cierto carácter, del que estaba desprovisto y él lo sabía.

La Filología es un bonito y sano pasatiempo; en cambio, no puede decirse lo mismo de la vida crapulosa. (Ciertamente, debe de resultar muy edificante para los sabios la reflexión de que en el caso de Alastair, la vida crapulosa acarreó su caída y la Filología su regeneración. Pero no nos precipitemos.) De una manera harto imprudente e irreflexiva, durante la cuarta noche de una orgía particularmente alegre y desordenada, Alastair se encontró formando parte de un pequeño triángulo, cuyos otros dos ángulos estaban ocupados por la Doncella Vera Manchester IXA y el Procreador de la Corte. Tan pronto como la orgía hubo terminado, Alastair comprendió su equivocación; al despertar, la luz del alba le pareció gris, pues la Doncella Vera, al perder el derecho a su título virginal, había comprometido su propia situación. No se podía jugar con el Procreador de la Corte; tenía poder para elegir a quien quisiera miembro de la Augusta Orden de los Eunucos sin la menor advertencia previa. Alastair se intimidó ante aquella idea y decidió cortar por lo sano, terminando aquel asunto. Por desgracia, lo terminó con más precipitación que tacto. Resulta muy justificado, pues, que la Doncella Vera Manchester IXA se sintiese ofendida, al interpretar la súbita retirada de Alastair como un mudo desprecio hacia sus encantos; pues las damas, en aquellos tiempos como ahora, prefieren abrazos que censuras.

La Doncella Vera alimentó su despecho en secreto mientras Alastair volvía a cortejar a la Doncella Rosalinda. Tal vez todo hubiera terminado bien de no haber ocurrido en la Corte - como ha ocurrido en todas las cortes desde tiempo inmemorial - varias muertes afortunadas que segaron a los más encumbrados dignatarios. Tras una de estas muertes, la Doncella Vera fue nombrada por aclamación Primera Dama, título que para los oídos de aquel siglo tenía un retintín siniestro, y así fue como el territorio de Sconn y su Protágono pasaron a depender de su jurisdicción.

Casi inmediatamente Alastair fue ascendido.

Recibió la noticia mientras tomaba el baño de la tarde.

-¡He sido elegido Gobernador Residente del planeta Acróstico I! - exclamó estupefacto, escrutando el telecomunicador situado sobre los grifos del baño -. ¿Qué significa esto? ¿Y dónde diablos está Acróstico I?

Su servidor robot hizo un sonido semejante al de un profundo jadear durante cinco segundos y luego declaró que Acróstico I era uno de los planetas que giraban en torno a un sol amarillo en la periferia de la Explosión de Smith, que es una pequeña nebulosa intragaláctica que se encuentra a muchos años de luz de cualquier forma de civilización.

La mirada de Alastair se posó tristemente en la palabra «Residente», que de golpe hacía tabla rasa de su placentera vida como Protágono de Sconn. El júbilo le abandonó inmediatamente y se levantó goteando.

-Ha sido para mí un honor poder servirte, Protágono - le dijo el robot mientras le secaba con un chorro de aire caliente.

En aquellos días los viajes por el espacio distaban mucho de ser lo que son ahora: en ocasiones se requerían dieciséis semanas para cubrir otros tantos años luz. Las naves de aquella época eran simples cascarones de nuez que raramente podían transportar a más de cien personas y que además tenían que cargar con víveres, combustible, accesorios y equipo para el largo viaje. Así, ni siquiera un gobernador planetario podía llevar más equipaje que el permitido. Alastair embarcó en la astronave Garfinkel con dos baúles (facilitados por la compañía) y ninguna secretaria; todo cuanto él amaba tuvo que quedarse en tierra.

Durante aquel largo y tedioso viaje al exilio, la mayor parte del cual pasó bajo los efectos de píldoras Olvidya, Alastair terminó por dominar su nostalgia. Es cierto que aún recordaba con cierta añoranza el Territorio de Sconn y, justo es reconocerlo, el nidito de Ganímedes; aún seguía pensando con afecto en sus amigos y aún evocaba amorosamente, aunque sin demasiada fe, las palabras de despedida de la Doncella Rosalinda: «Adiós, mi dulce Alastair, te seré fiel»; pero a pesar de todo resolvió sacar el mejor partido posible de Acróstico I. Tal vez su mente empezaba ya a forjar El Plan: dándose cuenta de su propia inutilidad, comprendió que sólo ejerciendo aquel talento hasta sus últimas consecuencias podría convertir en triunfo su destierro. Quizá fue durante estas horas de ocio cuando creó la palabra superciudad.

Por último penetraron en las regiones de la Explosión de Smith y el Garfinkel depositó a Alastair en este planeta antes de dirigirse a toda prisa hacia regiones más magníficas y explotadas.

Acróstico I distaba mucho de ser el mejor de todos los mundos. Tenía una atmósfera tenue y desagradable de respirar hasta' que uno se acostumbraba a ella. Aunque era de mayores dimensiones que la Tierra, no poseía apenas metales ni elementos pesados, con el resultado de

Librodot

que su gravedad era algo por debajo de la normal, produciendo un ligero efecto eufórico. Su órbita le hacía pasar demasiado cerca de Acróstico, que era su sol, y a causa de ello los días eran muy calurosos; en cambio, como su revolución axial era lenta y la capa atmosférica muy fina, las noches eran extraordinariamente frías.

Las tempestades, la nieve, la escarcha, las olas de calor, la sequía y las inundaciones se movían con monótona irregularidad por la torturada superficie de Acróstico I. No es extrañó que los indígenas de aquel planeta, seres primitivos y elefantinos, se contasen (pues nadie se preocupaba de contarlos) solamente por centenares.

Los colonos terrestres, cuando Alastair llegó como gobernador, no sobrepasaban los veinte mil, y todos ellos vivían dentro de un radio de unos cien kilómetros en torno a la única ciudad de Acróstico, llamada Todos los Santos. ¡Esta ciudad de barracas de nombre tan esperanzador tenía que ser el hogar de Alastair! El desterrado lanzó un gruñido quejumbroso cuando un quaff, variedad local de acémila, le llevó por las calles polvorientas hasta su residencia. Desde los techos, los buitres y unos diminutos monos atisbaban su lúgubre paso.

La falta de metal era más que evidente a través de múltiples indicios, que iban desde la arquitectura primitiva hasta las largas barbas que lucían los colonos; la falta de adecuadas medidas sanitarias también se dejaba sentir del modo acostumbrado. Gran número de colonos, incapaces de luchar contra aquel clima terrible, habían abandonado sus tierras para volver a la ciudad, donde, faltos de ocupación, se entregaban al vicio. Los carteles anunciadores de marcas de pistolas, de gigantescas botellas de whisky, de espectáculos frívolos y otros parecidos, prestaban a Todos los Santos el aire de una infame parodia de la civilización. La Primera Dama había saldado su deuda, desde luego: la Explosión de Smith no poseía la furia de una mujer despreciada.

Alastair jamás desesperó ni se dio a la bebida. En lugar de ello, se dio al quaff y empezó a viajar por el planeta, para conocer la verdadera situación de las cosas. Los colonos, que al principio se mostraban recelosos, terminaron por confiar en él al comprender que no iba allí a investigar su vida privada. Alastair tardó muy poco tiempo en averiguar la verdad acerca de Acróstico I: aquel lugar era un callejón sin salida, del que nadie salía y al que nadie llegaba.

En la Tierra apenas nadie conocía a Acróstico I. Ningún detalle de su gris historia o existencia se había filtrado hasta la metrópoli... con excepción de una sola palabra. Las palabras consiguen llegar a veces a sitios donde no llegan las mercancías; con frecuencia son el primer artículo que exporta un planeta.

Para ti, Nataniel, el verbo «escurribullir» es una palabra antigua y familiar, completamente seria, que significa «matar el tiempo de una manera agradable». En tiempos de Alastair, sin embargo, aquel término era para la Tierra algo nuevo, exótico y de argot. Se filtró a través de las rutas del espacio, como un millar más de palabras extraterrestres que se convirtieron en parte temporal o integrante de nuestro vocabulario, en perpetua expansión y crecimiento. Para las masas terrestres, la palabra escurribullir tenía un significado excitante y agradable; como suele ocurrir con bastante frecuencia, en este caso las masas también nos dieron gato por liebre.

Alastair, en su calidad de filólogo aficionado, se sintió intrigado por aquella única y débil conexión entre el planeta materno y el cuerpo celeste al que había sido desterrado de un modo tan elegante. Montado en su quaff y en compañía de un intérprete humano se dirigió al poblado indígena más próximo con el propósito de aclarar el prístino significado de la palabra, descubriendo que escurrí bullir (o, más exactamente, escurribullir), es un término acróstico que sirve para denominar una forma de hibernación, a la que se someten los naturales del planeta

Librodot

cuando el tiempo es particularmente malo. Esta acción se practica de una manera voluntaria, sin depender de las estaciones, y está acompañada por un grotesco fenómeno: la carne gris de los indígenas se marchita y éstos se sumen en una bendita indiferencia por todo cuanto sucede a su alrededor, lo cual constituye una ventaja nada despreciable en un sitio tan infernal como Acróstico I.

No pasó mucho tiempo sin que Galactic-Life, la principal tele revista de la Tierra, iniciase un programa titulado «¡Venid al país de donde procede el escurrí bullicio!». El programa estaba ilustrado por algunas apariciones esporádicas de los monos enanos de Acróstico; que poseen tres pechos y que, con excepción de esta sorprendente peculiaridad, tienen un aspecto completamente humano. Gracias a una cuidadosa elección del fondo, se consiguió ocultar la verdadera estatura de aquellos seres, que es de veintitrés centímetros en los ejemplares de mayor talla, Nataniel. Como el programa, que no mencionó para nada el pésimo clima de Acróstico, insinuó que aquellos monos eran la forma de vida más elevada que había en el planeta, no pasó mucho tiempo sin que algunos turistas del sexo masculino empezasen a aparecer por las calles de Todos los Santos, buscando ansiosamente aquello que se conoce por el nombre de «color local».

En su calidad de planeta fronterizo, las puertas de Acróstico I habían estado hasta entonces abiertas de par en par a todos cuantos deseasen visitarlo. Alastair procedió a cambiar aquel estado de cosas. Se levantaron edificios de Aduanas junto al astro puerto, se implantó un complicado sistema de aranceles y se construyó un barracón que parecía un establo y que hacía las veces de hotel y de hospital, en el que los recién llegados podían pasar un período obligatorio y muy costoso de cuarentena y de aclimatación. Se estableció el saneado negocio consistente en la regulación de los cambios monetarios, exigiéndose a los visitantes el pasaporte, el visado y la tarjeta de identidad, todo lo cual costaba dinero, por supuesto..., dinero que ingresaba en las arcas del Gobernador Residente.

Pero el turismo no era la única ni la más fuerte de las cuerdas que formaban el arco de Alastair, aunque le proporcionó suficiente dinero para llevar a cabo sus restantes ideas.

Empezó a enviar informes oficiales a la metrópoli. Estos informes fueron muy bien acogidos en Nueva York, que era a la sazón el meollo del Gobierno Mundial. Por lo general, resultaba una tarea imposible conseguir que enviasen informes otros planetas que no fuesen los mundos más importantes (y esto era natural, pues informes equivalían casi siempre a contribuciones). Y como todas las comunicaciones se hacían por astronave, los mundos menos importantes de la Galaxia siempre podían pretextar que sus informes se habían perdido durante el viaje ante cualquier reclamación desagradable, pretexto que a veces tardaba años en descubrirse como tal.

Así, Nueva York respondió con verdadero fervor burocrático a los primeros intentos de Alastair. Negociado tras negociado enviaron montones de toda clase de formularios y cuestionarios, y archivaron con fruición las ilusorias estadísticas que les enviaba Alastair, junto con sus declaraciones de falta de fondos.

Entre tanto, sobre Acróstico seguían lloviendo los formularios: ¿Qué porcentaje de colonos del sexo femenino contraían matrimonio dentro de los siguientes grupos, clasificados por edades?... ¿Cuál era la cosecha media por hectárea de los siguientes tipos de trigo?... ¿Qué especies de ganado terrestre medraban mejor en las condiciones que reinaban en Acróstico?... ¿Cuál era el promedio de precipitación anual y mensual, de días de sol en un año y en un mes, las isóbaras, las isotermas, etc.?...

Parecía como si los grandes libros mayores de la Tierra fuesen capaces de absorber eternamente aquella riada de datos. Las astronaves, que antes nunca habían tocado en Acróstico más de dos veces cada diez años, empezaron a realizar visitas mensuales a Todos los Santos. Además de montañas de papel, traían consigo la riqueza; y en su viaje de vuelta, junto con toneladas de papel impreso transportaban rumores que hablaban de una ciudad que crecía a ojos vistas. Y Todos los Santos empezaba a refinarse, de una manera casi imperceptible: disminuían los anuncios de pistolas y aumentaban los de substancias para evitar que oliese el aliento.

Los turistas de regreso a la Tierra no tardaron en revelar la verdad tan decepcionante acerca de la pobreza de la fauna local, mencionando también el detestable clima de Acróstico. Pero la afluencia de visitantes aumentó en lugar de disminuir. Esto únicamente debiera sorprendernos si desconociésemos la naturaleza humana; ningún turista quiere reconocer que le han engañado, y así - pese a admitir lo de los monos y el clima - todos se deshacían en elogios del paisaje y de los costumbres locales. No pasó mucho tiempo sin que, si se quería seguir la moda, había que declarar que se había visitado aquel pequeño paraíso de la Explosión de Smith.

Entre tanto, Nueva York seguía absorbiendo los informes de Alastair. Pero de pronto la riada de estadísticas que partían rumbo a la Tierra cesó. Esto hizo que se redoblasen inmediatamente las preguntas por escrito. ¿Qué había sucedido en la administración de Acróstico? ¿Había estallado una revolución? ¿Se había declarado una epidemia? Y si fuese así, ¿qué porcentajes de los siguientes grupos de población (varones y hembras clasificados por edades) habían perecido?

La administración de Acróstico estaba cómodamente repantigada en su butaca de mimbre, disfrutando de un bien merecido descanso. Era el primer día en que podía escurribullir desde que había llegado allí, hacía muchas lunas. Olvidaba decirte, mi querido Nataniel, que Acróstico I tenía una luna, un pequeño e inútil cuerpo celeste llamado Rosa que sólo brillaba de día. Alastair estaba leyendo algo que le causaba más placer que todo cuanto había leído desde su llegada. Había sido escrito por uno de los primeros turistas que visitó Todos los Santos, el cual fue completamente desplumado, quedándose sin un céntimo en su primer día de estancia en el planeta, yendo a dar después con sus huesos en la cárcel, acusado de incumplimiento del pago de sus deudas, permaneciendo entre barrotes hasta que partió la nave que debía llevarlo de regreso a la Tierra. En la actualidad, aquel individuo era un miembro respetable de la comunidad y acababa de enviar a Alastair un poema titulado «Luz del día, Rosa hechicera». El poema era bastante mediocre, pero era el primero que se había escrito en Acróstico. El progreso era evidente.

Cuando hubo transcurrido un intervalo suficientemente largo, y cuando en la Tierra la tensión alcanzó su máximo, Alastair envió una breve nota al Gobierno Mundial. En ella manifestaba que la administración del planeta se había paralizado por no poder atender al exceso de trabajo. Por consiguiente, solicitaba el envío inmediato de una calculadora Master XIVIC. Así que recibiese la promesa de que sería instalada una de estas máquinas lo antes posible, él se esforzaría por poner de nuevo en marcha los engranajes de la administración.

La promesa no tardó en llegar. ¡Ya les tenía en su poder!

Incluso externamente, aquello era una gran victoria. ¡Imagínate, Nataniel, si es que te es posible hacerlo! Aquellas Mil Cuatrocientos, como se llamaban vulgarmente a las calculadoras, eran unas máquinas que incluso a ti te parecerían gigantescas. Eran tan complicadas e importantes, que incluso se las podía utilizar como instrumentos de la política colonial, pues siempre se consideraban como pertenencias de la Tierra y estaban atendidas por terrestres, con el resultado de que cuando una colonia alcanzaba tal desarrollo que requería los servicios de una (lo cual quería decir que también se convertía en una amenaza potencial), no tardaba en ver

instalada sobre su superficie una pequeña unidad autónoma de la Tierra. Hasta entonces, nunca se había instalado una Mil Cuatrocientos en un planeta con una población inferior a un billón de votantes. Por lo tanto, el caso de Acróstico I, cuya población no era superior a las cincuenta mil almas, era algo sin precedentes. El júbilo que experimentaba Alastair se vio aumentado al leer la firma en facsímile que figuraba al pie de la garantía: la Primera Dama Vera Manchester IXA. Predijo para muy pronto la caída vertical de aquella dama desde las alturas del matriarcado.

Un par de naves del Gobierno aterrizaron en las afueras de Todos los Santos y se quedaron con sus proas apuntando al cielo. De ellas desembarcaron maquinaria y hombres. Noche y día, con buen tiempo y bajo las condiciones atmosféricas peores, se prosiguieron los trabajos de erección de la calculadora Master. Una vez vacías, las naves salieron disparadas hacia la Tierra para buscar una nueva carga de piezas de la Mil Cuatrocientos. Por la ciudad el dinero corría a manos llenas, como ocurre en todas las partes del universo donde hay fondos del Gobierno en las cercanías. Por primera vez, los agricultores del país casi se dieron por satisfechos con los precios que alean- zaban sus productos. Alastair, que en el fondo era un hombre de buenos sentimientos, se alegró de ver que el plan que había trazado para salvarse él también beneficiaba a otros.

La Tierra ya estaba metida en la empresa hasta el cuello cuando la triste noticia llegó hasta ellos. La Mil Cuatrocientos nunca podría funcionar: ¡En Acróstico I no había energía hidroeléctrica!

A los indignados mensajes en que le preguntaban por qué Alastair no había informado al Gobierno Mundial de este particular, él respondió con sinceridad que, en primer lugar, jamás se lo había preguntado y, en segundo lugar, la situación ya podía haberse deducido partiendo de los datos e informes que él había facilitado. Las pequeñas centrales eléctricas que existían en Todos los Santos estaban accionadas por molinos de madera; era un sistema muy precario, desde luego..., pero, ¿qué otra cosa se podía hacer en un planeta como Acróstico I desprovisto de metales?

Un ejército de preocupados expertos desembarcó de la siguiente astronave; estaban preocupados porque se les había ordenado que encontrasen fuentes de energía en un planeta como Acróstico I, o de lo contrario...

No tardaron en descubrir que, como ya todo el mundo sabía desde hacía mucho tiempo en Acróstico, los elementos eran los amos del planeta. El sol, el viento, el hielo y la lluvia, habían erosionado y borrado las antiguas montañas de Acróstico, dejando únicamente una superficie arenosa en un mundo que cada vez se parecía más a una bola de billar.

Los pocos cursos de agua existentes eran lentos y poco profundos. Las orillas del mar estaban pobladas de inmensas extensiones cenagosas, charcas y albuferas. Era imposible procurarse energía hidroeléctrica.

Los preocupados expertos se dividieron en dos bandos. Unos solicitaron equipos de minería y perforación a la Tierra y luego desaparecieron en las extensiones desérticas para buscar carbón o petróleo; los otros sometieron a la Tierra un plan para crear una central submarina que obtendría su energía de las mareas. Estos desaparecieron luego en las tabernas y tugurios de Todos los Santos. Para ser bien exactos, yo debería añadir que existió también un tercer grupo, mucho más reducido, que se lavó las manos de todo aquel asunto y se volvió a la Tierra sin ocultar su disgusto.

Precisamente en la nave que acudió a recogerlos venía una carta de la Doncella Rosalinda. Supongo que no habrás olvidado a la Doncella Rosalinda, Nataniel. En cuanto a Alastair, no la

había olvidado ni mucho menos; ella demostró ser un modelo de devoción que nuestras mujeres modernas harían muy bien en imitar.

En el terreno personal comunicaba que estaba bien, seguía enamorada de su astuto y taimado gobernador y acababa de ser nombrada Segunda Dama. En el terreno público, sus noticias eran de que Acróstico gozaba del favor popular; sus monos en miniatura se habían convertido en mascotas de moda en toda la Tierra y el planeta constituía el tema principal de una canción que gozaba de una enorme popularidad, titulada: «Si yo estuviese tan falto de energía como el pequeño Acróstico» (Igualmente apartaría a Dick, a Tom y a Harry para hacer de ti mi esposa) y también era el tema de una Encuesta Pública.

Fue la Encuesta Pública, más que la canción de moda o los monitos, lo que selló definitivamente la popularidad de Alastair. El número de sus habitantes se duplicó de la noche a la mañana cuando grupo tras grupo de inspectores se trasladaron al planeta para llevar a cabo la encuesta. Los inspectores fueron seguidos por reporteros, técnicos de la televisión y de los noticiarios y otros aláteres de la vida cómoda y regalada que hasta entonces nunca se habían visto en Acróstico. También apareció por allí un elemento más frívolo, que encontraba divertido vivir en un sitio como aquel. A toda esta gente siguieron los explotadores y los vividores, los que se dedicaban a embaucar al prójimo con monsergas como «Vivirá usted libre de enfermedades en un mundo libre de metales». Después vinieron los legisladores. Y después los dueños de salas de espectáculos.

¡Era una verdadera invasión!

Transcurrieron dos años antes de que se hiciesen públicos los resultados de la encuesta oficial. Antes de que éstos se divulgasen, el Gobierno Mundial, en un intento por ganarse la popularidad, decidió que lo más conveniente era agarrar el toro por los cuernos y dar a Acróstico I una central de energía atómica.

De nuevo empezaron los envíos de maquinaria. Finalmente, la Mil Cuatrocientos estuvo en disposición de funcionar. Cuando llegó este momento, ya tenía mucho en que ocuparse. Acróstico era una empresa floreciente, gracias a los desvelos de Alastair.

Pero esto vino después. Antes hubo el Informe. Este acusaba al Gobierno Mundial de haber despilfarrado muchos millones pertenecientes al erario público .sin haber realizado antes una minuciosa investigación de las circunstancias existentes y, además, según constaba en el apartado correspondiente, sin tener en cuenta el párrafo tal del artículo cual de acuerdo con el protocolo firmado en tal sitio. En una palabra, aquello quería decir que Alguien había Metido la Pata.

Alastair aceptó su triunfo modestamente; desde su llegada a Todos los Santos había crecido en experiencia. De todos modos, casi se apenó al enterarse de que la Primera Dama Vera había sido depuesta sin contemplaciones, pues ella era quien había metido la pata. Y cuando la invitación tan esperada de regresar al Territorio de Sconn le llegó finalmente, empezó a pensar si debía aceptarla. ¿Y sabes lo que hizo? Escribió a la Segunda Dama, o sea Lady Rosalinda, para preguntarle si le importaría ir a vivir con él a Acróstico.

Ella contestó que, habiendo sido elegida Primera Dama hacía un par de días, no podía abandonar la Tierra. ¿Por qué no se reunía él allí con ella?

Y esto es lo que él hizo. Tal vez un hombre de más carácter se hubiera quedado en Acróstico para saborear las mieles del triunfo. Los hombres son muy singulares, Nataniel.

Librodot

LA MAREA

¡Qué consuelo tan infinito representa hallarse de nuevo en casa! Aquella velada comenzó para mí con una gran dosis de paz; la noche descendía para acariciar el cuerpo de África como la mano suave de una madre. Ello explica que incluso ahora yo siga negándome el lujo de pretender el menor atisbo del desastre que iba a ocurrir, y para el cual todo estaba ya a punto.

Mi hermano de padre K-Jubal estaba muy parlanchín. Cuando nos sentamos a la mesa instalada en la veranda de su casa, fue él quien llevó el peso de la conversación: lo cual fue extraño, pues yo soy un poeta.

-...porque la nueva presa ya está terminada - estaba diciendo - y ahora podré descansar un poco, tomándome las cosas con más calma. Pienso escribir mi autobiografía. Rog. G-Williams, del World WeeTüi, me la pide hace tiempo, la darán en forma de serial y después en forma de audilibro. Haré mucho dinero, ¿eh?

Sonrió al hacer esta pregunta; cuando se hallaba en mi compañía, siempre le gustaba representar el papel de materialista desalmado. Generalmente yo le animaba a que lo hiciese, pero esta vez le dije:

-Jubal, en los Estados del Congo y posiblemente en todo el mundo, no hay nadie que haya hecho tanto por sus semejantes como tú. Yo no soy más que el ocioso cantor de un día ocioso, pero tú..., tus obras te rodean, y todas ellas son magníficas.

Abarqué con un amplio ademán la tierra todavía iluminada.

Mokulgu es una población floreciente que se alza en el extremo occidental de la orilla norte del lago Tanganyika. Antes de que Jubal llegase allí con sus ingenieros, Mokulgu era un soñoliento mercado africano cuyos habitantes vivían con la indolencia propia de sus remotos antepasados. En diez años, todo cambió; en quince años, de aquella antigua indolencia no quedaba nada. Los actuales habitantes de Mokulgu duermen en camas y viven en rascacielos, comiendo alimentos sobre los que no se han posado las moscas y moviéndose al compás de los silbatos de la maquinaria. Pueden tocar con sus negras yemas de los dedos los beneficios de lo que nos empeñamos en seguir llamando «civilización occidental». Según los postulados de esta civilización, la felicidad está en razón directa a la higiene y a la salud.

Pero noto que estoy adquiriendo un tono escéptico. Este es mi error. La verdad es que siento muy poco amor por mis semejantes; el recuerdo de la Matanza no se aparta de mí, pese al tiempo transcurrido. No niego que el curso de los acontecimientos en Mokulgu como en el resto del mundo, la constante urbanización, son cosas casi inevitables. Pero como hombre de cierta sensibilidad, no podía por menos de lamentar que el progreso humano se tuviese que realizar siempre pisando el cadáver de la Naturaleza. Ni siquiera entonces se me ocurrió que pudiese estarse preparando un contraataque.

Desde donde estábamos sentados, en el lugar donde trepaban las enredaderas por el lado sur de la casa, veíamos en parte el lago y la ciudad, pues la selva de la región adyacente había sido talada hacía mucho tiempo. La ciudad ya se había convertido en un ascua de luz rutilante, el lago ya empezaba a cubrirse de sombras y todo se disponía para la noche. Y a nuestra izquierda, destacándose con una claridad que presagiaba nuevas lluvias, se extendían las lujuriantes selvas de los tributarios del Congo.

En una extensión de casi quinientos kilómetros hacia aquel lado, la selva era todavía prácticamente virgen: allí vivían aún los pigmeos, florecientes y sin necesidad de robar para vivir. Aquella región, donde se hallaban las fuentes del Congo, estaba ya condenada: en

Librodot

realidad, Jubal sería la punta de aquel ataque. Pero para los hombres de mi generación aquella enorme zona de primitiva belleza aún se conservaría, y yo sentía por ello una alegría egoísta. Siempre me ha producido más placer un árbol que las estadísticas de aumento demográfico.

Jubal se apercibió de mi expresión.

-La energía que estamos liberando aquí durará eternamente - dijo -. Ya está cambiando y mejorando toda la economía de la región. Por último, después de tantos siglos de abandono, África está realizando sus posibilidades.

Su voz tenía casi un trémolo y yo pensé que su pasión por el Progreso era la clave de su fuerza.

-Te aferras demasiado al pasado, Rog - me dijo.

-¿Por qué tanto excavar, tanto abrir túneles y revolver lechos de ríos? - le pregunté -. ¿No hubiera sido una solución más sencilla la energía atómica?

-No - me respondió rotundamente -. Con este sistema aprovechamos aguas que antes no servían para nada; una vez en acción, el sistema se hace autónomo. Además, el agua abunda, lo cual no puede decirse del uranio. Según creo, Venus no posee minerales radiactivos.

Esto me pareció como una indicación para que cambiásemos de tema y la acepté.

-Todavía no los han encontrado - asentí -. Pero yo no tengo autoridad para hablar de eso. Fui allí sólo como turista... ¡Qué viaje tan magnífico!

-Debe de ser algo maravilloso encontrarse a tantos millones de kilómetros más cerca del Sol - dijo él.

Era la observación vulgar que le había oído pronunciar con tanta frecuencia. En boca de otro hubiera resultado un simple tópico, pero él, con su tono sencillo y tranquilo, le infundía una nota de sublimidad, despojándola por completo de su carácter sobado. -Yo nunca iré a Venus - dijo -. Aquí aún hay demasiado que hacer. ¡Debes de haber visto verdaderas maravillas allí, Rog!

-Sí... Aunque nada tan extraño como un elefante.

-¿Y es verdad que en una década consiguieron hacer una atmósfera respirable?

-Eso dicen. Desde luego, están haciendo maravillas... Compréndelo, Jubal, tendré que volver allí. Verás, hay una sensación... como si esperasen algo. Aunque no es bien eso; resulta difícil de explicar...

Yo no soy un buen conversador. Me pongo a divagar y a tartamudear cuando tengo algo importante que decir. Podría decírselo a una mujer, o escribirlo sobre papel; pero Jubal es un hombre de acción, y cuando le explico algo, omito deliberadamente las alusiones sentimentales y yo mismo pierdo interés en lo que digo. -Venus, actualmente, es algo parecido a lo que sería cortejar a una mujer cubierta de una armadura y con la celada bajada. Se puede ver el planeta, pero no se le puede tocar, oler ni respirar su aire. Hay que estar siempre dentro de una cúpula estanca o dentro de una escafandra espacial, que se interponen entre nosotros y la realidad. Pero dentro de diez años podremos hundir las manos desnudas en su arena y sentir como sus brisas nos acarician la mejilla..., ya me entiendes, supongo, será como si por último pudiésemos acariciar su cuerpo desnudo.

Librodot

Vi, por su mirada, que estaba pensando: «Ahora Rog se pondrá poético». En voz alta, dijo:

-¿Y tú apruebas eso..., es decir, el cambio de atmósfera?

-Sí.

-Sin embargo, ¿cómo no apruebas lo que hacemos aquí, si al fin y al cabo es lo mismo? En parte, desde luego, tenía razón. Pero yo le contesté cautelosamente:

-Aquí, alteráis un delicado equilibrio ecológico, haciendo tabla rasa de centenares de factores naturales, con el único objeto de que esas aguas puedan bajar por vuestras turbinas. Y lo mismo habéis hecho en las Cataratas Owen, en el Lago Victoria... Pero en Venus no existe semejante equilibrio. El planeta no es más que una página en blanco que espera que el hombre escriba en ella lo que se le antoje. Bajo aquel manto de CÜ2, no ha brotado la chispa de la vida: las montañas están desprovistas de musgo, los valles nunca han conocido la caricia de la hierba; en las capas geológicas no duerme ningún fósil; ninguna amiba se mueve en el mar. Pero lo que estáis haciendo aquí...

-¿Y la gente, qué? - exclamó él -. Tengo que pensar en la gente. En los niños que nacerán, en las bocas que hay que alimentar. La gente tiene que vivir. Tus sentimientos están muy bien... con ellos se pueden hacer bellos poemas..., pero yo prefiero pensar en la gente. Yo quiero a la gente. Para ellos trabajo...

Gesticulaba, dominado por sus grandiosas visiones. Si la pasión por el Progreso era su fuerza, la falacia inherente a tal idea era su debilidad secreta. Empecé a animarme y acalorarme.

-Si tú procuras buenas condiciones de vida para esta gente, ellos empezarán a procrear en el acto. A la siguiente generación, otro filántropo tendrá que dar un paso más y establecer buenas condiciones para sus hijos. Esto es el Progreso, ¿eh? - le pregunté maliciosamente.

-Nos vemos tan raramente, Rog... ¿A qué pelearnos? - dijo mansamente -. Yo hago lo que puedo. No soy más que un ingeniero.

Así era como él siempre ganaba las discusiones. Ante -la mansedumbre yo estoy indefenso.

El sol completaba su ciclo diurno. Con las súbitas tinieblas vino el frío. Jubal oprimió un botón y una pared de cristal rodeó la galería encerrándonos en ella. Aquello me recordó Venus; pero aquí todavía percibíamos el perfume embriagador y picante que es el propio hálito de mi querida África. En Venus, todos los perfumes son de importación.

Llenamos de nuevo nuestras copas y nos pusimos a hablar de asuntos familiares. Al poco tiempo se unió a nosotros Sloe, su esposa. Yo empecé a sentirme como en casa. Aquella sensación era sólo en parte psicológica; mis glándulas ya empezaban a ajustarse de nuevo a las condiciones normales de vida, tras los largos días de viaje por el espacio.

También vino J-Casta. Su presencia ya no me agradó tanto. Era un tipo de mandamás, el brazo ejecutor del jefe. En su calidad de ayudante de Jubal, se mostraba rastrero y adulón con él, abroncando a todos los demás que intervenían en la empresa. El (por desgracia, había otros muchos como él) consideraba a la Matanza como la obra maestra del hombre. Aquella noche, en presencia de sus superiores, tras unas cuantas baladronadas iniciales, se quedó bastante tranquilo.

Cuando me apremiaron para que lo hiciese, no tuve más remedio que hablarles de Venus. Mientras hablaba, volvió a apoderarse de mí aquella humillante, pero embriagadora sensación de temor al pensar que yo había estado en plena posesión de todas mis facultades en aquel planeta sorprendente. La misma sensación me había dominado con frecuencia en Marte. También (de manera igualmente justificable) en la Tierra.

La visión se desvaneció y una luz ambarina parpadeó soñolienta en el visor de Jubal. Ni siquiera entonces tuve el presentimiento de la catástrofe; a partir de aquel día, no puedo ver este parpadeo ambarino sin sobresaltarme, Jubal respondió y la cara de un hombre apareció en el visor. Se pusieron a hablar; yo no oía sus palabras, pero la repentina tensión se hizo evidente. Sloe se acercó a Jubal y le rodeó los hombros con el brazo.

-Algo pasa - dijo J-Casta.

-Sí - observé.

-El que está en el visor es M-Shawn, el capataz de Owenstown, junto al lago Victoria.

Jubal cortó el contacto y regresó lentamente al lugar donde estábamos sentados.

-Era M-Shawn - dijo -. El nivel del lago Victoria acaba de descender más de siete centímetros.

Encendió un cigarro con dedos torpes, con la mirada perdida más allá de la llama.

-¿La presa está bien, jefe? - preguntó J-Casta.

-Perfectamente. Nos telefonearán caso de que descubran algo...

-¿Es la primera vez que esto pasa? - pregunté, sin poder comprender el motivo de su preocupación.

-Nunca había pasado - dijo mi hermano con tono desdeñoso -. ¿No te das cuenta de lo que esto significa? Que ha ocurrido algo sin precedentes.

-Pero no veo porque siete centímetros de agua...

El dejó escapar una risita seca al oír esto. Incluso J-Casta se permitió lanzar un bufido.

-El lago Victoria es un mar interior - dijo Jubal, ceñudo -. Tiene la misma extensión que Tasmania. Siete centímetros de descenso en su nivel equivalen a miles de metros cúbicos de agua. Casta, creo que debemos bajar a Mokulgu; valdrá la pena avisar a los servicios de socorro, por si tenemos necesidad de ellos. ¿Tienes tu trazador?

-Sí, jefe. Voy con usted.

Jubal dio unos golpecitos cariñosos en el brazo de Sloe, me hizo un gesto amistoso con la cabeza y salió sin abandonar su expresión preocupada. No tardó en reaparecer frente a la casa en compañía de J-Casta. Ambos se apretujaron en el asiento de un flotador, se elevaron para rozar peligrosamente un gigantesco nogal y se perdieron en la noche.

Con ademán nervioso, Sloe dejó su cigarro en el cenicero, sin volver a tomarlo. Hizo girar con el dedo un marcador y las ventanas se volvieron opacas.

Librodot

-Ahí fuera flota algo ominoso..., como si hubiera bestias al acecho - dijo -. No me gusta - añadió, para explicar nuestra súbita intimidad.

-¿Debo sentirme alarmado? - pregunté.

Ella me dirigió una deslumbradora sonrisa.

-A decir verdad, sí. Tú no vives en nuestro mundo, Rog, o de lo contrario hubieras comprendido en seguida la importancia de lo que está ocurriendo en el Victoria Nyanza. Precisamente acababan de elevar de nuevo el nivel del lago; durante largo tiempo han estado esperando la ocasión, y las últimas lluvias tropicales les han dado la oportunidad de hacerlo. Esto parece haber sido la gota decisiva, que ha hecho rebosar el vaso.

-¿Y qué significado tiene este descenso de siete centímetros? ¿Se ha roto la pared de la presa por algún lado?

-No. De ser así, lo hubieran descubierto. Sin temor a equivocarme, casi aseguraría que eso significa que el lecho del lago se ha hundido en algún punto y que el agua se escapa por grandes cavidades subterráneas.

La extrema gravedad de la cuestión se me hizo entonces evidente. El lago Victoria es la fuente del Nilo Blanco; si cesase de alimentar al río millones de personas perecerían a consecuencia de las sequías, en Uganda y el Sudán. Y no sólo personas: también aves, cuadrúpedos, peces, insectos y plantas.

A ambos nos dominó el nerviosismo. Salimos un momento al fresco aire nocturno y luego resolvimos bajar también a la ciudad. Por el camino una imagen permanecía constantemente ante mis ojos: la imagen de aquel inmenso lago sombrío vaciándose como la jofaina de un lavabo. ¿Se vaciaba en medio de un siniestro silencio o produciendo un gorgoteo? Los hombres de acción suelen pasar por alto detalles tan importantes como éste.

Aquella noche constituyó un anticlímax dejando aparte el espectáculo de la luna llena que parecía navegar sobre el Monte Kangosi. Nos reunimos con Jubal y su satélite y nos paseamos nerviosamente de un lado a otro hasta medianoche. Como si hubiésemos aplacado las iras de un dios desconocido gracias al sacrificio de una hora de sueño, entonces nos sentimos mejor y nos fuimos a descansar.

A la mañana siguiente hubo malas noticias. Jubal ya se había ido a la ciudad; Sloe y yo desayunamos juntos. Ella me dijo que, según les habían comunicado, el lago Victoria había descendido ya casi treinta y cinco centímetros; el promedio del descenso parecía aumentar.

Volé a Mokulbu y no me costó encontrar a Jubal. Estaba embarcándose en uno de los flotadores de reconocimiento de la presa en compañía del inseparable J-Casta.

-Valdrá más que vengas con nosotros, Rog - me gritó -. Probablemente, gozarás más con el vuelo que nosotros.

Efectivamente, disfruté con aquel vuelo, a pesar de las circunstancias. En un anterior reconocimiento se había observado algo insólito en la orilla oriental del lago Tanganyka y nos dirigíamos a investigarlo.

-Supongo que no tendréis miedo que allí el lecho también se haya hundido, ¿verdad? - les pregunté.

-No es eso - respondió Jubal -. Los trescientos kilómetros que hay entre este lugar y el lago Victoria están ocupados por multitud de fallas. Esto quiere decir que es una región inestable, geológicamente hablando. Cuando volamos te haré ver un corte geológico del terreno. Es más que probable que toda esta agua que se escapa por conductos subterráneos venga hacia aquí; esto es lo que me causa más temor. Desde luego, esta posibilidad se conocía ya desde hace mucho tiempo.

-¿Y no se adoptaron precauciones?

-No podíamos hacer otra cosa sino cruzarnos de brazos. También existe la posibilidad de que la Luna descienda en espiral hacia la Tierra, pero no por eso vivimos todos en refugios.

-¿Tratas de justificarte, Jubal?

-Posiblemente - replicó él, apartando la mirada.

Atravesamos un intenso chubasco, que cubrió de viruela la grisácea superficie del lago. Por último, llegamos a un lugar donde se había señalado la anomalía. Una mancha de un color pardo sucio, un chafarrinón sobre unas brillantes vestiduras nuevas, se extendía sobre las aguas, desde la abrupta orilla oriental hasta cosa de un kilómetro lago adentro.

-Descienda, piloto - ordenó Jubal.

El aparato descendió hasta rozar las aguas del lago. A unos centenares de metros de nosotros se alzaban las estribaciones del Monte Kangosi. Yo contemplé admirado las imponentes laderas: grandes peñascos surgían entre la vegetación y agazapado al pie de aquel coloso había un poblado, parte del cual se veía obligado, debido a la inclinación de la ladera, a meterse en el lago sobre pilastras palafíticas.

-Yo me ocupo de todo, jefe - dijo J-Casta, tomando un asdic de mano de la gaveta de babor y asomándose fuera del flotador. Nosotros le imitamos. Era muy probable que la anomalía se debiese a un pequeño hundimiento ocurrido junto a la orilla del lago. Tales hundimientos, según me dijo Jubal, no eran raros, pero en este caso el desplome también tenía relación con lo ocurrido en el lago Victoria. Si podían señalar exactamente la situación de la nueva falla, enviarían a varios buceadores autónomos en misión de reconocimiento.

-Tendremos compañía -observó Jubal, agitando la mano sobre el agua en un saludo amistoso.

Aproximadamente una docena de canoas formadas por troncos ahuecados estaban esparcidos entre nosotros y la orilla. En cada una había un par o tres de pescadores cuya piel negra brillaba al sol. Las dos canoas más próximas habían dado media vuelta y, impulsadas por sus canaletes, se dirigían hacia nosotros.

Los observé con más interés que el aparato de asdic. Hacía incontables generaciones que existían allí hombres semejantes a aquellos robustos pescadores. En el curso de los siglos no habían cambiado: antes de que el hombre blanco se enterase de su existencia, antes de que las legiones de Roma hubiesen arrasado los viñedos de Cartago, antes quizá de que surgiese el loco frenesí de la civilización en el mundo, aquellos hombres ya habían pescado tranquilamente en las aguas del gran lago. No parecían haber progresado en absoluto, tan rápido es el movimiento del mundo; pero tal vez cuando todas las demás razas hayan desaparecido consumidas y

exhaustas, estos invariables poblados formarán un reino propio. ¡Ojalá pudiese yo vivir en ese reino!

Un hombre que iba en la primera canoa se levantó, alzando la mano en ademán de saludo. Yo le contesté, mirando por encima de su hombro la cortina de verdor de la orilla del lago. Algo me llamó la atención.

Sobre una extensión de roca desnuda, a unos treinta metros ladera arriba, se erguían dos magníficos mules, o tecas africanas. Una roca se desprendió de su alvéolo. Vi como bajaba rebotando hacia la maleza que cubría la falda del monte, originando un alud de tierra y piedras que casi cayeron sobre los techos de bálago de la aldea. El manantial brotó entonces con más fuerza. El agua brillaba al sol; el espectáculo era muy hermoso, pero yo me sentí alarmado.

-¡Mirad! - exclamé, señalando.

Jubal y el pescador siguieron la línea de mi brazo extendido. J-Casta continuó inclinado sobre su caja metálica.

Mientras yo seguía indicando, la abrupta ladera tembló. El otro mule se abatió. Como un sobre rasgado bruscamente, la roca se abrió en sentido horizontal y por la hendidura surgió una lengua de agua. La abertura se fue ensanchando y el agua se convirtió en un muro líquido, que caía con fragor.

La explosión causada por el fenómeno llegó claramente y con gran fuerza a nuestros sorprendidos oídos. Fue seguida por el bramido del agua, que caía como una catarata por la ladera, barriendo todo a su paso. Vi como arrancaba y se llevaba árboles, arbustos y peñascos. Luego vi como la hendidura original se alargaba sin cesar, como una cruel sonrisa cortando el farallón con la rapidez del fuego. Otras grietas se iniciaron, hacia arriba y transversalmente y de todas ellas el agua empezó a brotar.

Los pescadores se levantaron lanzando gritos de terror al ver como sus casas eran barridas por aquel alud líquido.

Y entonces empezó a deslizarse toda la falda de la montaña. Con un fragor creciente, el fango, el agua y las rocas descendieron en tromba hacia el lago. Su lugar quedó ocupado por un grueso torrente, una catarata de aguas encolerizadas. ¡Las aguas perdidas del lago Victoria habían encontrado una salida!

A los pocos instantes, la tranquila superficie del lago se convirtió en un mar embravecido. Jubal resbaló y cayó, sobre una rodilla. Al intentar sujetarle, yo estuve en un tris de caerme por la borda. Una serie de olas gigantes irradiaban desde la orilla. La primera nos balanceó terriblemente y la segunda volcó por completo nuestra endeble embarcación.

Yo conseguí volver a la superficie tosiendo y resoplando. A mi lado surgió la cabeza de J-Casta. Tuvimos el tiempo justo de ver cómo el flotador desaparecía bajo las aguas: se hundió en un santiamén, llevándose al piloto consigo. Yo ni siquiera le había visto todavía la cara. Descanse en paz.

Jubal emergió junto al pescador, cuya embarcación también había volcado. Pero las canoas de troncos no se hunden. Debemos nuestras vidas a esos troncos de árbol ahuecados. Les dimos nuevamente la vuelta y Jubal y su acólito se izaron a bordo de uno, mientras yo me encaramaba en otro. Las olas todavía eran de buen tamaño, pero habían alcanzado una especie de regularidad, que nos permitía capearlas.

La grieta tenía ya casi medio kilómetro. El agua brotaba de ella con furia espantosa, convirtiendo en una imponente catarata lo que antes era las estribaciones del monte. Nos apartamos a duras penas de ella, consiguiendo desembarcar en sus proximidades, lo más cerca que permitió la prudencia.

El resto de aquella jornada fatídica se pasó en diversos grados de confusión y temor, bajo el dosel cegador del cielo.

Tardaron dos horas y media en venir a recogernos. Durante la espera no perdimos el tiempo, aunque Jubal no hacía más que lanzar maldiciones por el hecho de hallarse inerme en aquella desolada orilla. Aunque parezca milagroso, hubo algunos supervivientes de la aldea arrasada, mujeres en su mayoría; les ayudamos a ponerse a salvo en la orilla y a encender hogueras para calentarse.

Entre tanto, algunos aviones enviados por las autoridades de la presa empezaron a sobrevolar aquella zona. Conseguimos llamar la atención de uno de ellos, el cual aterrizó junto a nuestro grupo. Jubal cambió inmediatamente al tener a su disposición una máquina y poder mandar a unos hombres que, a diferencia de los aldeanos, se hallaban bajo sus órdenes. Empezó entonces a actuar con determinación y silencio sin permitir que nadie le hiciese preguntas.

Por el visor ordenó a los restantes flotadores que se ocupasen de socorrer a los moradores de la aldea. Inmediatamente nos dirigimos a Mokulgu a toda velocidad.

Durante el camino, Jubal habló con Owens-town. Allí recibieron la noticia sin hacer comentarios. A su vez, comunicaron que el nivel del lago Victoria seguía descendiendo, si bien el promedio del descenso parecía haberse regularizado. Estaba a punto de iniciarse un puente aéreo de veinticuatro horas diarias para lanzar grandes bloques de mármol en el lecho del lago, donde se había localizado una falla de unos cinco kilómetros cuadrados. En el curso de esta operación, se ahogaron cuatro buceadores.

-Esto es como arrojar monedas al mar - dijo Jubal.

Yo pensaba en los buceadores, succionados irresistiblemente por la caverna sumergida, para ser arrastrados por el curso de aguas subterráneo, para terminar escupidos a nuestro lago, convertidos en una pulpa irreconocible.

Una comunicación de Mokulgu, recibida poco antes de que aterrizásemos allí, nos informó de una ruptura producida en las orillas del lago unos treinta kilómetros al norte de la población. Obedeciendo órdenes de Jubal, cambiamos de plan y nos fuimos en el acto hacia el norte, para contemplar la extensión de los daños.

La ruptura se haba producido junto a un pequeño grupo de chozas que llevaban el altisonante nombre de Ulatuama. Varios hombres ayudados por los tripulantes de una lancha patrullera de la presa, luchaban desesperadamente tratando de reducir una brecha que se ensanchaba sin cesar. El daño había sido causado por las mismas oleadas que nos habían hecho zozobrar y me enteré de que allí existía una pequeña compuerta caída en desuso, reliquia de un antiguo sistema de irrigación; en este caso, la catástrofe había sido obra del hombre. Al otro lado de la compuerta comenzaba un canal desecado de unos veinte metros de ancho, que a la sazón se había convertido en un tumultuoso río que fluía con celeridad.

-¿Es grave? - pregunté a Jubal -. ¿No es un buen sistema para librarse del agua excedente?

El me fulminó con la mirada:

-¿A dónde iremos a parar si perdemos el control de las cosas? - me preguntó -. Si no conseguimos dominar esto, las aguas combinadas del Victoria y el Tanganyka provocarán una crecida del Congo.

Mientras él hablaba, la ribera, al sur del punto por donde huían las aguas, se desmoronó; varios metros de orilla cedieron para ser barridos y ocupados instantáneamente por la corriente.

Regresamos a Mokulgu. Jubal visionó al alcalde y obtuvo su permiso para dirigir una alocución a la ciudad. Yo no le oí hablar; me hallaba bajo los efectos de la tensión continuada que tuve que mantener hasta entonces, y preferí ir a descansar a casa, mientras Sloe se movía delicadamente a mi alrededor. Aunque de niños nos han enseñado que la Tierra es un planeta, sólo nos damos cuenta cabal de este hecho cuando nos acercamos a ella desde el espacio y la vemos suspendida ante nuestros ojos, redonda y finita. Y así, aunque yo también «conocía» la insignificancia del hombre, tuvo que hundirse la ladera de aquella montaña ante mis ojos atónitos para que lo comprendiese plenamente.

No costaba mucho adivinar las fibras sensibles que Jubal tocó en su alocución radiodifundida a la ciudad. Sin duda dijo que «todos debíamos unirnos en aquella hora de prueba». Se debió de referir a la necesidad de que «todas las manos se uniesen en la lucha contra nuestro antiguo enemigo, la Naturaleza». Su imagen debía de aparecer grande e imponente en las pantallas, con los puños apretados y los ojos llameantes. Sabía llegar al corazón de las masas. Y estas obedecerían sus órdenes, pues Jubal sabía convencerles. Tus posible que yo sintiese envidia por mi hermano.

Salieron los primeros envíos de hombres y socorros de todas clases hacia el norte, para ver de atajar el agua que salía por la compuerta rota. Entre tanto, Jubal trazó un plan típicamente grandioso. Tilly, uno de los vapores que se hallaban de servicio en el lago, fue cargado de rocas y arcilla por las grandes palas movidas a vapor. Con Jubal de pie en el puente de mando, el buque se dirigió al centro de la zona de peligro, donde fue hundido. Asomando a medias del agua torrencial, constituyó el núcleo de un nuevo dique que podría contener la riada. Contemplado por una multitud delirante, Jubal se puso a salvo en una lancha motora, en compañía de los tripulantes del barco.

-¡La atajaremos aunque tengamos que taponar la brecha con nuestros cuerpos! - gritó.

Entusiastas aclamaciones acogieron estas palabras.

La gravedad de la situación se mantuvo durante los días siguientes. Durante este tiempo apenas paró un momento de llover y las brigadas de obreros lucharon con el barro para levantar el dique. La popularidad de Jubal - y por consiguiente su influencia - sufrió un rápido descenso. La causa de ello era doble. Se peleó con J-Casta, quien vio rechazada su idea de abrir la nueva presa para aliviar la presión de las aguas, y además tropezó con la firme oposición del Consejo Municipal de Mokulgu.

Esta augusta asamblea, compuesta por los avarientos triunfadores y los triunfadores avarientos, vio con muy malos ojos el hundimiento de Tilly. Este buque era propiedad del Ayuntamiento y Jubal se lo apropió por las buenas. Los hombres de las fábricas que habían abandonado sus herramientas para ir a luchar contra las aguas desatadas, recibieron orden de reincorporarse al trabajo; las autoridades de la presa ya se las arreglarían como pudiesen.

Jubal lanzó un bufido de desprecio ante esta ruin acción y se puso en comunicación al instante con Leopoldville. En un abrir y cerrar de ojos contó con la ayuda del Ejército.

Al amanecer del tercer día me llamó por el visor, pidiéndome que fuese a verle. Me despedí de Sloe y, tomando un flotador, arrumbé a Ulatuama, Jubal estaba solo a la orilla del lago. El sol todavía estaba oculto por celajes y él tenía un aspecto aterido y cansado. Detrás de Jubal unas confusas siluetas se movían de un lado a otro, como las figuras alegóricas de un friso. El me examinó con curiosidad antes de hablar conmigo.

-El trabajo está casi terminado, Rog - me dijo. Se le veía soñoliento, pero añadió con energía señalando al otro lado del lago -: Después emprenderemos la tarea principal: taponar aquella salida de agua.

Mi mirada se perdió sobre la superficie silenciosa del lago. La lejana orilla opuesta era invisible, pero entre las brumas se alzaba la cumbre del Monte Kangosi. Incluso desde aquella distancia se oía, en la quietud matinal, el débil bramido de la nueva catarata. Y a este rumor se mezclaba otro sonido, intermitente pero seguido : al otro lado de la Montaña estaban bombardeando las fallas, con la esperanza de provocar un hundimiento que cegase aquel desagüe subterráneo del lago Victoria. Hasta entonces nada habían conseguido pero el bombardeo continuaba, convirtiendo en un campo de batalla lo que había sido una feraz campiña.

-Siento no haber podido veros a ti y a Sloe - dijo Jubal, en un tono que no me gustó.

-Has estado muy ocupado. Sloe te llamó por el visor.

-Sí, desde luego. Ven a mi cabaña, Rog.

Ambos nos dirigimos hacia una construcción erigida temporalmente. Pisábamos la hierba húmeda de rocío. En el interior de la cabaña, J-Casta se estaba vistiendo, sin dejar de fumar un cigarro mientras se ponía con destreza una camisa. Me saludó con hosquedad y comprendí que su antagonismo se dirigía a Jubal a través mío.

Tan pronto como este último cerró la puerta, me dijo:

-Rog, tienes que prometerme una cosa.

-¿De qué se trata?

-Si me ocurriese algo, quiero que te cases con Sloe. Ella es como tú.

Tratando de ocultar mi irritación, observé:

-¿ Crees que puede llamarse razonable a esta proposición ?

-Tú y ellas os lleváis muy bien, ¿verdad?

Yo le miré sorprendido.

-Ciertamente. Pero tú ya sabes que yo tengo mis opiniones particulares sobre la vida..., me gusta permanecer al margen, como un observador, contemplando el curso de los acontecimientos. Me contento con probar los paisajes, las comidas típicas y las mujeres del sistema solar. No quiero casarme. He nacido para solterón. Sloe es muy agradable pero...

Librodot

Mi terrible incapacidad para expresar la presión de mis sentimientos internos ya me había dominado. En las mujeres me gusta la vivacidad, el ingenio y el buen humor, pero me canso muy pronto de ellas. Me gusta variar, en una palabra. Además, Sloe, francamente, tenía su sensibilidad embotada por haber vivido tanto tiempo con Jubal. Entonces él fingió interpretar mal mis vacilaciones.

-¿Tratas tal vez de insinuar que ya te has cansado de todo cuanto habéis estado haciendo a espaldas mías? - me preguntó -. No eres más que un...

Ahorraré al lector el sucio epíteto que me lanzó a la cara yo no supe comprender que tenía los nervios deshechos a causa de la tensión a que se había visto sometido, y perdí los estribos.

-Vamos, cálmate - le dije, furioso -. Sí, estás extenuado y hecho polvo, y probablemente también estás harto de tu mujer. No temas, no la he tocado... me gusta beber en manantiales puros. Así es que más valdrá que renuncies a esa loca idea.

El se abalanzó sobre mí como un toro furioso. El momento era muy embarazoso; yo me opongo a la violencia, pues creo en el poder de la persuasión. Sin embargo, reaccioné de la única manera posible: salté a un lado y le asesté un tremendo puñetazo bajo la tetilla izquierda.

¡ Pobre Jubal! Sin duda, frustrado en la lucha contra las fuerzas de la naturaleza, me utilizaba únicamente como una válvula de escape. Pero debo confesar avergonzado que sentí un salvaje placer en asestarle aquel golpe, que me dejó con ganas de seguir pegándole. Comprendo confusamente cómo se pueden producir atrocidades del calibre de la Matanza. Cuando Jubal se volvió contra mí, yo le ataqué a mi vez, rompiendo su defensa y amontonando los golpes en su pecho. Aquello fue, supongo, una manera de expresar mis más profundos sentimientos.

J-Casta se interpuso entre nosotros y acercó su fea jeta a mi cara, mientras su mano me rodeaba la muñeca como un aro de hierro.

-Basta - me dijo -. Me gustaría ser yo quien le arreglase las cuentas, pero este no es el momento.

Mientras él hablaba, la cabaña tembló. Apenas pudimos conservar el equilibrio y empezamos a tambalearnos como si estuviésemos borrachos.

-¿Qué es eso? - dijo Jubal, abriendo la puerta.

En el rectángulo de la puerta apareció un curioso espectáculo: una serie de hombres corriendo entre los árboles y la niebla, mientras el dique provisional se alejaba majestuosamente sobre la negra y encrespada superficie de las aguas que huían con celeridad. Entre tanto, las riberas se desmoronaban..

Al ver aquel espectáculo, Jubal intentó cerrar inmediatamente la puerta. Demasiado tarde. La oleada nos alcanzó, arrancando la cabaña de sus frágiles cimientos. Jubal lanzó un agudo grito al ser arrojado contra la pared. Al instante siguiente nos encontramos flotando entre un revoltijo de muebles y enseres que giraban locamente.

Arrastrada por la impetuosa corriente, la cabaña daba vueltas como un dado. Yo me salvé por simple casualidad. Entre las aguas espumeantes vi que iba a caerme encima una pesada litera y conseguí apartarme de ella a tiempo. Me pasó a un centímetro y luego hizo astillas la pared de tablas, abriendo un boquete en ella por el que fui arrastrado.

Cuando conseguí salir a la superficie, la cabaña se había perdido de vista y las aguas tumultuosas me arrastraban con gran celeridad; la desagradable escena que había tenido lugar en la cabaña era algo sin sentido que había ocurrido hacía un millón de años. Casi me descoyunté el brazo al asirme a un árbol que aún seguía en pie, pero conseguí mantener mi presa. Cuando hube recuperado el aliento, conseguí trepar a la copa del árbol, sentarme entre dos ramas y calmarme un poco.

La escena que me rodeaba era de una espantosa desolación. Desde donde me encontraba, gozaba dé lo que en circunstancias menos calamitosas se hubiera llamado «una buena vista» sobre aquel tétrico panorama.

Las aguas de un lago me rodeaban por todas partes, y su superficie se movía con rapidez y determinación. Su línea avanzada, ya muy lejana, estaba señalada por una alta cascada amarillenta, seguida por un sin fin de objetos heterogéneos, entre los cuales sólo los árboles se destacaban claramente. Casi todos ellos eran eucaliptos; probablemente aquella región había sido una antigua ciénaga de secano.

Por el norte, todavía se mantenía la antigua orilla del lago. Allí el terreno era más elevado y las rocas sólidas hendían con firmeza las aguas desbordadas.

Por el sur, la línea costera iba siendo borrada alegremente. En menos de media hora Mokulgu sería borrada y destruida. Me pregunté qué medidas debían de haber adoptado las autoridades de la ciudad para hacer frente a la situación.

Sobre mi cabeza brillaba un sol radiante y sólo unas nubéculas rosadas e insignificantes cruzaban-el cielo azul. Aquellos dos colores, el azul y el rosado, eran exactamente iguales a los que figuraban en las vulgares tricromías de principios del siglo xx..., es decir, de un centenar de años antes de la Matanza. Casi me alegró ver que el cielo poseía una falta de gusto, que corría parejas con la falta de estabilidad de la Tierra. Casi me alegré... pero estaba llorando.

-Me han comunicado que uno de los flotadores te recogió a ti... pero no a Jubal. ¿Crees que aún hay esperanza, Rog, o es mejor que no te lo pregunte?

-No sé qué responderte. Ya sabes que era muy buen nadador. Es posible que todavía lo encuentren.

Yo hablaba con Sloe por encima de las cabezas de la multitud. Mokulgu, desde luego, había sido barrida por la inundación. Los supervivientes, sin hogar y desesperados, se apiñaban en una eminencia del terreno. Dando muestras de gran generosidad, Sloe les había abierto su casa, convirtiéndola en una especie de campo de descanso en el que se servían comidas calientes en la cocina. Lo vigilaba todo con un aspecto de fría autoridad que ocultaba muy bien sus verdaderos sentimientos personales. De esto yo me alegraba, pues los sentimientos de Sloe no eran cosa mía ni debían serlo.

Ella me sonrió antes de volverse para hablar con alguien que tenía a sus espaldas. La luz iba adquiriendo ya la intensidad del atardecer. Por encima de aquella babel de voces que me rodeaba resonaba el rumor sordo de las aguas desbordadas. Seguiríamos oyéndolo durante meses: África había sido herida en su propio corazón, y estaba más allá del poder humano remediarlo.

En lugar de discurrir hacia el norte, fertilizando su antiguo valle, las aguas del Victoria Nyanza irrumpieron en nuestro lago, añadiendo su masa a los centenares de metros cúbicos de

Librodot

agua que avanzaban hacia occidente. Mientras veintiún millones de personas perecían en Egipto a causa de la sequía, una cantidad aproximada sucumbía a causa de la inundación y el tifus en el Congo.

Tuve el presentimiento de lo que se avecinaba, mientras permanecía en aquella atestada habitación, sumido en mis reflexiones. Sabía que Jubal había muerto..., sabía que las naciones del África se estaban desangrando, íbamos a morir a causa de las heridas que nosotros mismos nos habíamos infligido.

Los diez años que seguirían serían tan terribles como los diez años que duró la Matanza, durante los cuales todos los blancos que quedaban en África fueron degollados.

Ahora nosotros, los negros, nos presentamos al juicio de la Historia.

Ha llegado nuestro turno.

POGSMITH

(*) Los directores de revistas tienen la inofensiva costumbre de preceder con epígrafes más bien breves los relatos que publican. Cuando este cuento apareció en Authentic, iba acompañado de esta ingeniosa (y exacta) notita: «pogsmith era un "planeta y una súper bestia. El primero tenia una velocidad de escape negativa y la segunda poseía una ferocidad positivamente escapista.»

Dusty Miller y su mujer estaban de suerte. No por el hecho de hallarse de vacaciones durante un año, porque en la actualidad eso está al alcance de casi todo el mundo, de inspector extrasensorial para arriba. No por encontrarse en Mercurio, porque si bien su nueva atmósfera era perfectamente respirable, la misma todavía no se había estabilizado y los tifones eran frecuentes. Y tampoco por el hecho de visitar el Zoo Galáctico, porque sus puertas estaban abiertas de par en par a todos cuantos podían permitirse el lujo de pagar la entrada. Pero estaban de suerte porque eran los seres humanos visitantes del Zoo que completaban la cifra de un millón (o de un millón uno, para ser más exactos).

Para festejar este acontecimiento numérico, se les ofreció una opípara comida y luego el Director en persona les acompañó a visitar el Zoo.

-Este tipo no me gusta - susurró Daisy.

-Cállate, que te oirá - la reprendió Dusty. Tenía motivos fundados de creerlo así. El Director poseía tres de las mayores orejas que Dusty había visto en su vida. Hay que advertir que el Director era oriundo de Puss II.

Sin embargo, la visita resultó interesantísima. Dusty se entusiasmaba ante los raros ejemplares que vio. Su mujer estaba menos contenta, pues nunca le había gustado ponerse escafandra espacial; debido a un curioso efecto claustro-fóbico, le causaban asma. Por desgracia, allí eran absolutamente imprescindibles, pues cada bloque del Zoo contenía la atmósfera del planeta cuyos ejemplares zoológicos albergaba... y entre cada diez de aquellas atmósferas, nueve eran mortales de necesidad para los pulmones humanos.

Acababan de visitar el bloque de Puss II, cuyos ocupantes les parecieron a Daisy y Dusty sorprendentemente parecidos a su distinguido acompañante, y habían atravesado ya la imponente cadena de edificaciones del sector de Ogaeiou que contenía dos knitosaurios, cangrejos gigantescos que tejían sus propios caparazones gracias a un alga que poseía un nylon natural, cuando llegaron ante una gran construcción hemisférica.

-Esto - dijo el Director tratando de impresionar a sus visitantes - es la última adición a nuestro Zoo. En su interior verán ustedes la única forma de vida que ha sido hallada en el planeta Pogsmith, que, como ustedes saben, fue descubierto recientemente.

-¿No fue ese planeta que provocó tantas polémicas? - preguntó Daisy.

-Siempre suele provocar polémicas el descubrimiento de un nuevo planeta - respondió el Director con severidad -. En seguida se discuten los derechos territoriales, etc. En fin, ya saben ustedes...

-¿Entramos? - preguntó Dusty, refrenando a duras penas su impaciencia. Sabía desde hacía muchos años cuan sosa y provinciana era su mujer; cuando se enamoró de ella, ya lo

sabía, pero no le importó. En cambio, ante el Director sentía un gran respeto... mezclado con una creciente repulsión.

-Primero - les dijo el gran hombre - bajen la palanquita amarilla que encontrarán sobre la cresta central de sus cascos -. Se lo demostró con el ejemplo -. Esto nos protegerá de las ondas mentales que proyecta este ser.

Pone en acción un escudo en torno al cerebro, que nada puede atravesar.

Miró a Daisy como diciéndole que haciendo aquello quedaría perfectamente protegida. Una vez le hubieron obedecido, entraron.

La planta del edificio era la acostumbrada. Una rampa de observación en espiral rodeaba una enorme cúpula de glasita que contenía los ejemplares extraterrestres y fragmentos de su hábitat acostumbrado. Al principio de la rampa se encontraba una puerta acorazada que daba paso a la cúpula y un gran tablero informativo que contenía detalles sobre la topografía, la atmósfera, el año planetario, etc.

La iluminación era tenue.

-Alcance de angstroms bajo - comentó el Director.

-No puedo verlos - dijo Dusty, atisbando en la penumbra.

-Querrá usted decir verlo - observó el Director -. Sólo pudimos capturar a uno.

-¿Cuál es el nombre de la especie?

-Pues... Pogsmith.

-¿Eh? ¿Como el planeta? Yo creía que sólo se daba el nombre del planeta a la especie predominante.

-Al ser la única que allí existe, esta es la predominante, Mr. Miller.

-Claro. ¿Y cómo saben ustedes que no son... personas, sino animales?

-Pues porque se comportan como animales.

Miller observó, escamado:

-Yo no veo que esto sea ninguna... bien, es igual. ¿Y dónde está este ejemplar, señor Director? Ahí dentro no veo más que un cubo usado.

-Eso, de momento, es Pogsmith.

Empuñando un volante colocado en un saliente de la cúpula de glasita, el Director lo hizo girar, poniendo en movimiento un hostigador automático. El aparato, una especie de pica, se acercó al cubo y lo derribó con delicadeza. El cubo se convirtió al instante en una nariz enrojecida, de la que surgía una mano que amenazaba al Director.

Este tosió y se volvió para explicarles: -En espera de que este ejemplar se muestre dispuesto a adoptar su verdadera forma, tal vez les interesará que les explique la primera y única expedición realizada a este extraño y remoto planeta de Pogsmith.

-Muchas gracias, señor Director - dijo Daisy -, pero creo que tal vez sería más conveniente que...

-Sepan ustedes - la atajó el Director - que yo figuraba en la nave exploradora como zoólogo. Tienen una gran suerte de poder escuchar este relato de primera mano.

»E1 planeta Pogsmith fue bautizado así a causa de Pogsmith, nuestro radiotelegrafista, que se llamaba por este nombre... Fue una especie de homenaje póstumo a nuestro infeliz compañero. Lo único que ambos tenían en común era sus facciones peculiares. El telegrafista era tuerto y gastaba una barba rojiza, y el planeta... bien, no hay palabras para describirlo.

E hizo girar sus garras en el famoso gesto Puss que expresa el pasmo.

-Pogsmith es el único planeta en un sistema de tres soles gigantes, uno de ellos rojo, el otro amarillo y el tercero azul. Es más pequeño que Mercurio y al no contener metales pesados, su densidad es extremadamente baja. Pero durante un período de su órbita llega casi a estar dentro del Límite de Roche de dos de los soles. Lo sorprendente es que este frágil y pequeño mundo no se haya desintegrado hace millones de años. Al parecer, consigue salvarse durante este peligroso trecho de su trayecto acelerando enormemente su revolución axial.

»Esto es lo que observamos al deslizamos .en su atmósfera para aterrizar. Sorprende de veras que el planeta posea una atmósfera, pero la tiene: una acre mezcla de neón y argón que, según comprobamos, era atraída electrostática mente a la superficie, debido a la continua absorción a través de la misma de partículas errantes y cargadas del tipo Gamma, las cuales se combinaban... - Al observar la expresión boquiabierta de Dusty, el Director carraspeó por sus dos gargantas y cambió de tema.

-No había mares, pero el terreno era accidentado y montañoso. Descubrimos una llanura cerca del ecuador y nos posamos suavemente en ella. Así que paramos los motores la nave volvió a elevarse. El capitán lanzó un taco, accionó los chorros de proa y hundió firmemente la cola de la nave en el polvo. Inmediatamente, la nave volvió a ser disparada hacia lo alto. ¡No había modo de permanecer en la superficie del planeta ! Tuvimos que resignarnos a flotar sobre ella, mordiéndonos las uñas. En otros planetas, la dificultad consiste en despegar; pero allí la situación estaba paradójicamente trastocada.

»Todos nos sentimos desconcertados, hasta que yo di con la solución, que por otra parte era evidente. ¡La masa del planeta era tan reducida y su rotación tan rápida, que en el ecuador la fuerza centrífuga había vencido a la gravedad! Siguiendo mis cuidadosas instrucciones, el comandante de la nave puso rumbo al Polo Norte, donde pudimos aterrizar sin contratiempo. Una ventaja adicional estaba representada por la temperatura, que era más baja... solo de 61°. En el Ecuador era casi de 120°.

»Yo sólo les cuento esto para que comprendan que, de haber vida en aquel planeta, tenía forzosamente que ser excéntrica,

-Desde luego, señor Director. ¿Qué tal estás, Daisy, querida? - preguntó Dusty Miller inclinándose ansiosamente sobre su cara mitad, que parpadeaba desesperadamente.

-Sí, bien, gracias. No interrumpas, querido. ¿Decía usted, señor?

Librodot

Salimos los cinco de la nave... embutidos en nuestras escafandras desde luego. El paisaje era extraordinariamente fantástico. El cielo era casi negro, debido a la tenuidad de la atmósfera, si bien vimos algunas nubes grises muy bajas. El sol azul se movía de cinco a veinte grados por encima del horizonte, cruzando con tal celeridad el firmamento que parecía una espiral azulada. De vez en cuando, aparecía el sol rojo para ascender hasta el cenit y hundirse luego en el horizonte. Por desgracia, estábamos en una latitud demasiado septentrional para ver al tercer sol; recuerdo que eso me molestó bastante en aquel momento.

¡Qué espectáculo, de todos modos! Nos sentíamos dominados por el pasmo y el estupor. Ambos soles visibles tenían por lo menos un diámetro aparente que era catorce veces el de la luna llena y sus sombras cambiantes se confundían en una orgía de colores caleidoscópicos e indescriptibles. No pudimos contenernos y prorrumpimos en exclamaciones de júbilo, levantando las manos, teñidas por un arco iris extraordinario.

Pogsmith no era un hombre sensible a la belleza. Como ya he dicho, era tuerto, y su único ojo le servía únicamente para su trabajo. Desapareció detrás de aquella colina baja que siempre está cerca de toda astronave a la que ronda el peligro en todos los relatos de Fantasía Científica que yo he leído hasta la fecha. Oímos su grito de sorpresa y corrimos a ver qué le ocurría. A unos cien metros de él estaba un torpedo, que se dirigía como un rayo a su encuentro. Luego le brotaron patas. Estas se convirtieron en ruedas y las ruedas en aletas.

De pronto se detuvo, para cambiar de nuevo... en algo muy parecido a un cerdo terrestre. Como supimos luego, esta es su forma natural. Pero bajo las cambiantes condiciones que existen en su mundo, este ser ha llegado a poseer unas facultades protectoras en un grado extraordinario, que le permiten adaptarse a todos los medios y cambiar de forma con rapidez. Esto se llama mimetismo, señora.

-¡Vamos a capturarlo! - gritó Pogsmith.

Yo como zoólogo me inclinaba naturalmente por esta idea. Pero Pogsmith me tomó la delantera arrojándose sobre aquel ser.

La acción fue muy imprudente y reconozco que yo debiera haber actuado de un modo distinto. Mientras Pogsmith avanzaba hacia él, el sorprendente animal alteró su forma de nuevo. Le crecieron botas, una barba rojiza y una escafandra espacial. A decir verdad, se convirtió en una réplica exacta de Pogsmith. ¡Era algo pasmoso en verdad!

Ambos forcejearon desesperadamente. Nosotros nos acercamos y los separamos... lo cual no fue nada fácil, pues sólo éramos cuatro.

Entonces se presentó el problema. ¿Cuál de ellos era Pogsmith? Ninguno de los dos demostraba inclinación por convertirse en cualquier otra cosa. El cerdo, demostrando una buena dosis de sentido común, comprendió que bajo aquel disfraz estaría seguro.

Ambos nos colmaron de maldiciones cuando los hurgamos. Ambos juraron que eran el auténtico y original Pogsmith. Ambos pidieron que los dejásemos en libertad.

Entonces, por sugerencia mía, los soltamos, pues yo suponía que el falso pondría inmediatamente pies en polvorosa. Pero no, señor, ambos se quedaron tranquilamente con nosotros, indicando que debíamos volver a la nave. Evidentemente la curiosidad del cerdo se había despertado.

Sólo conseguimos salir de aquella comprometida situación gracias a una idea luminosa que tuve. Era evidente que aquel ser sólo podía simular la apariencia exterior de los demás seres y cosas; bastaba con tomar muestras de sangre de ambos y analizarlas para saber cuál era cuál.

Ambos se acercaron mansamente a la compuerta. Pero entonces ocurrió algo singular. Nos paramos y volvimos a mirar a los mellizos. El capitán fue el primero que habló.

-Desde luego, somos unos idiotas - dijo -. Este es el verdadero Pogsmith.
Y dio una palmada en la espalda del que estaba más próximo.

Todos nos mostramos inmediatamente de acuerdo con él. En aquel momento, la cosa se nos hizo evidentísima. Apartamos de un empellón al que considerábamos falso y entramos corriendo en la, nave, cerrando la compuerta a nuestras espaldas.

-¡Uf! - exclamó uno de los miembros de la tripulación -. Menos mal que lo hemos descubierto. ¡Vamonos de aquí!

Y esto es lo que hicimos. Partimos como una exhalación y pronto teníamos al planeta y a sus abigarrados soles a gran distancia. Aquel incidente había minado nuestro aplomo y seguridad. Ninguno de nosotros podía desechar el pensamiento de lo que hubiera podido ocurrir de haber aparecido más seres de aquellos. ¿Hubiéramos podido identificar a nuestros verdaderos compañeros entre docenas de copias exactas?

Pogsmith, taciturno de natural, permanecía más silencioso que nunca. No nos gustaba recordarle aquella desagradable experiencia, pero finalmente yo le pregunté:

-¿ Vuelves a sentirte el que eras, Pogsmith ?

Por toda respuesta, él me guiñó su único ojo y poco a poco... ¡se fue convirtiendo en un cerdo!

Entonces lo comprendimos todo. Aquel condenado animal nos hipnotizó a todos, haciéndonos dejar al verdadero telegrafista en el planeta. A la sazón ya llevábamos tres días en el espacio, y el pobre Pogsmith sólo tenía aire respirable para treinta y seis horas como máximo. ¿Qué podíamos hacer? Como recuerdo póstumo de nuestro desaparecido amigo, bautizamos al planeta con su nombre y mantuvimos el rumbo a la Tierra.

Los tripulantes de la nave no sólo estaban furiosos con aquel ser sino que le tenían miedo, a él y a sus poderes. Votaron por unanimidad que debíamos arrojarlo por la compuerta inmediatamente. Pero yo me convertí en defensor de la causa de la ciencia, explicándoles el valor inestimable que tenía aquel ejemplar, desde el punto de vista zoológico. Tras largas discusiones, conseguí salvar la vida de aquel histrión y así fue como vino a parar a nuestro Zoo. Reinó un breve silencio en la cúpula. -¡Es una historia verdaderamente extraordinaria! - no pudo por menos de exclamar Dusty Miller.

-La verdad es con frecuencia extraordinaria - dijo el Director con gran énfasis.

-¿No nos estará tomando el pelo? - susurró Daisy al oído de Dusty.

-Yo qué sé.

Volviéndose, ambos contemplaron solemnemente el circo que se extendía bajo la cúpula. Pogsmith había vuelto a asumir su forma natural. Desde luego, era de apariencia porcina,

Librodot

aunque su cara tenía una expresión de serenidad que hubiérase dicho clásica y que se ve muy raramente en las caras de los cerdos. Al notar que le observaban, empezó a cambiar nuevamente de forma.

-A decir verdad, se ha convertido en una mona de imitación - dijo el Director con desdén -. Casi nunca adopta su propia forma. Prefiere copiar lo último que ha visto. Miren, ahora me imita a mí...

La señora Miller lanzó un agudo chillido. -¿Pero es que le ha visto alguna vez desnudo? - preguntó, escandalizada. -Señora, le aseguro que yo no... -Me importa un rábano que se le parezca o no - dijo Dusty con enojo -. ¡ Yo no he traído aquí a mi esposa para que la abochorne esa repugnante bestia o lo que sea! Lo siento, pero no podemos seguir más aquí. Y me tiró del brazo.

-Muy bien, como ustedes quieran - dijo el Director, encolerizado -, aunque yo no soy responsable en absoluto de la conducta de Pogsmith.

-Vamonos - dijo Daisy, que había enrojecido hasta la raíz de los cabellos -. Ofréceme el brazo, Marmaduke.

-Empieza a pasar, querida, con el Director. Yo voy en seguida... Permíteme que lea otra vez este tablero de información.

Mientras le decía estas palabras, le clavó subrepticiamente un dedo en las costillas para hacerle comprender que debía obedecerle. Así que ambos se hubieron ido, él se dirigió a la puerta inferior. No era más que una parte del muro que rodeaba al circo, indiscernible desde dentro, pero que por fuera se podía abrir con facilidad mediante un volante.

-Pronto sabremos si todo cuanto nos ha contado es verdad o un montón de embustes - murmuró Dusty para su coleto. Era un hombre que nunca creía nada que no hubiese podido comprobar personalmente. A los dos segundos se hallaba dentro de la cúpula.

El desnudo Director se arrugó, encogiéndose, para convertirse de nuevo en la verdadera forma de Pogsmith. El animal se volvió inquisitivamente hacia Dusty, lanzando breves gruñidos.

-Muy bien, chico; quieto, quieto, sólo quiero verte bien - dijo Dusty apaciguador, haciendo chasquear los dedos con la mano extendida. Por un momento su propia temeridad le alarmó. ¿Y si aquel bicho fuese carnívoro? Se detuvo. Ambos se observaban desde cinco metros de distancia.

-La iluminación es bastante deficiente - dijo Dusty en son de disculpa -. De todos modos me gustaría ver cómo haces alguno de tus numeritos, Frégoli interplanetario.

Como si le comprendiese - ¿hasta qué punto era eficaz el campo neutralizador que le rodeaba el cerebro? - el cerdo, con sorprendente celeridad, hizo que le creciese una barba rojiza y unos brazos, convirtiéndose en Pogsmith. Este fulminó con su único ojo a Dusty.

-¡En buen lío me he metido! - exclamó. Con furia animal, se arrojó sobre Dusty, asestándole un directo a la mandíbula que lo noqueó y luego saltó hacia la puerta abierta.

Aturdido, Dusty abrió los ojos. Vio inclinada sobre él una cara iracunda: la del Director.

-¡Vaya, Miller, por fin ha vuelto en sí! Bien, su visita ha terminado. Ahí fuera tiene esperándole un cohete automático que le llevará a usted y a su esposa directamente a la Tierra.

-¿Y Pogsmith? - gimió Dusty.

-¡Sólo falta que nos pregunte por él! El pobre animal debía de estar medio muerto de aburrimiento en la prisión en que le hemos confinado. Ahora está escondido entre las construcciones del Zoo. De momento no hemos conseguido capturarle aún. Tuvo usted suerte de que no lo matase. Su infernal curiosidad nos saldrá muy cara, señor mío. ¿Quiere usted saber lo que es? Un atolondrado, un irresponsable... ¡Eso es lo que es!

-No conseguirá encontrar a Pogsmith echándome una bronca - contestó Dusty con irritación, sacudiéndose el polvo.

-¿No ve usted que mi pobre marido ya tiene bastante, señor Director? - dijo Daisy, volviéndose sin embargo al «pobre marido» en cuestión para susurrarle con furia al oído:

-Te felicito por tu hazaña, Marmaduke. Espera a que estemos solos...

Dusty se frotó su dolorida mandíbula y avanzó con aspecto abatido por la rampa metálica que conducía a un cohete biplaza. Era una navecilla automática que les transportaría en poco tiempo de Mercurio a la Tierra. Dentro de cinco minutos habría abandonado aquel lugar y las consecuencias de su desaguisado... y no habría oídos indiscretos que pudiesen escuchar el sermón que se avecinaba.

La cosa ya no tenía remedio.

El Director les acompañó hasta la escotilla abierta. Allí asió a Dusty por el brazo.

-Pelillos a la mar - le dijo.

Miller estrechó la mano del Director y, moviendo aturdido la cabeza, penetró en la nave. Con un leve chasquido, la escotilla se cerró a sus espaldas. Atravesó con paso vacilante la esclusa metálica y se tumbó sobre la litera de aceleración.

Daisy había tenido tiempo de comenzar su filípica, cuando el rugido de los chorros de despegue ahogaron sus palabras. Ascendieron rápidamente y a los dos minutos se hallaban rodeados de tinieblas y de estrellas, mientras la brillante masa de Mercurio, entonces en cuarto creciente, flotaba a sus pies.

-La verdad... - prosiguió Daisy -. En toda mi vida...

Se interrumpió, boquiabierta, mirando estúpidamente a un punto situado detrás de la cabeza de Dusty. Este se volvió, sorprendido.

La puerta del pequeño compartimiento de equipajes se había abierto. Una figura tan idéntica a la del Director como un huevo a otro huevo estaba allí, mirándoles furioso.

-¿Cómo...? - dijo Dusty.

-Nos ha engañado - dijo el Director -. Me ató y me amordazó... Sólo ahora he podido libertarme... El... ¿Oh, qué hace usted?

Librodot

Retrocedió tambaleándose ante el ataque de Dusty. Resbaló y cayó de espaldas contra la pared.

-¡De prisa, Daisy, de prisa! - vociferó Dusty -. ¡Ayúdame a llevarlo a la esclusa! ¡Es Pogsmith!

Ella permanecía de pie, retorciéndose las manos con ademán desvalido.

-¿Cómo sabes que es Pogsmith?

-Claro que es él - rezongó Dusty, contento de verse de nuevo dueño de la situación -. ¿No comprendes que ha intentado escapar en nuestra nave? No me dejaré engañar dos veces. ¿Quieres ayudarme, te digo?

Sin hacer caso de las protestas del Director, que se debatía furiosamente, entre los dos lo metieron en la esclusa y lo encerraron en ella. Secándose la frente, Dusty accionó la palanca manual que abría la compuerta exterior. Se oyó un silbido del aire que salía... y el Director expiró.

En el Zoo Galáctico el incidente pronto fue olvidado y el Director readquirió con rapidez su antiguo prestigio. Pero no volvió a ser jamás el mismo... pues tenía una gran debilidad, cuando se hallaba a solas, por hacer brotar en su cara una tupida barba roja y un ojo de expresión triunfal.

AFUERA

Nunca salían de la casa.

El hombre que respondía al nombre de Harley era quien solía levantarse primero. A veces daba un paseo por el edificio sin quitarse el pijama... la temperatura era constante y suave, día tras día. Luego despertaba a Calvin, aquel individuo apuesto y gallardo que parecía como si poseyese una docena de talentos distintos y nunca quisiese emplearlos. Le bastaba con su presencia para satisfacer la necesidad de compañía que sentía Harley.

Dapple, la muchacha de acerados ojos grises y negros cabellos, tenía el sueño muy ligero. Las voces de los dos hombres conversando la despertaban. Entonces se levantaba e iba a llamar a May; ambas bajaban juntas al piso inferior y preparaban el desayuno. Mientras ellas se entregaban a esta ocupación, las otras dos personas que habitaban en la casa, Jagger y Pief, empezaban a levantarse.

Así es como empezaban todos los «días»: no con los primeros lustres del alba, sino cuando los seis se habían arrancado a los brazos de Morfeo. A pesar de que no hacían ejercicio durante el día, cuando se acostaban por la noche su sueño era siempre profundo y regular.

El único acontecimiento del día que provocaba cierta excitación entre ellos era la apertura del almacén. El almacén era un cuartito situado entre la cocina y la estancia azul. En la pared más lejana había un ancho estante, del cual dependía su existencia. En él aparecían todos sus víveres, llegados de no se sabía dónde. Lo último que hacían antes de acostarse era cerrar con llave la puerta de aquella desnuda estancia y cuando por la mañana regresaban a ella, encontraban esperándoles sobre el estante todos los artículos necesarios para su subsistencia... comida, ropa, una nueva lavadora. Esto era una característica más, normal y aceptada por todos, de su existencia, y que no provocaba jamás entre ellos el menor comentario.

Aquella mañana, Dapple y May ya tenían el desayuno preparado antes de que bajasen los cuatro hombres. Dapple incluso había tenido que ir a llamarlos al pie de la amplia escalera antes de que Pief hiciese su aparición; por lo tanto, hubo que aplazar la apertura del almacén hasta después de desayunar, porque si bien aquella operación no podía considerarse en modo alguno como una ceremonia, las dos mujeres se ponían nerviosas si tenían que ir solas. Era una de esas cosas que...

-Espero que habrán puesto tabaco - dijo Harley, mientras abría la puerta -. Se me está acabando.

Se acercaron al estante y lo miraron. Estaba vacío.

-No hay comida - observó May, con los brazos en jarras -. Hoy tendremos que acortar la ración.

No era la primera vez que aquello ocurría. En una ocasión - no sabían cuánto tiempo hacía, pues no contaban los días ni las horas - no apareció comida durante tres días consecutivos. Cada vez que fueron allí, el estante estaba vacío. Aceptaron la escasez resultante con filosofía.

-Antes de morirnos de hambre, te comeremos, May - dijo Pief y todos rieron brevemente para celebrar la broma, aunque Pief ya se la había hecho también la última vez. Pief era un hombrecillo discreto, de esos que pasan desapercibidos entre la multitud. Su más preciada posesión consistía en aquellas inocentes bromas.

Librodot

Sólo había dos paquetes en el estante. Uno era el tabaco de Harley y otro una baraja. Harley se embolsó el primero con un gruñido y desplegó la baraja, mostrándola a sus compañeros.

-¿Echamos una partidita? - les preguntó.

-Sí, de póquer - dijo Jagger.

-No, canasta.

-Siete y medio.

-Jugaremos después - dijo Calvin -. Nos servirá para matar el tiempo por la noche.

Los naipes serían un reto para todos ellos, pues les obligarían a sentarse en torno a una mesa, mirándose cara a cara.

No había nada que los separase, pero tampoco parecía existir una fuerza que los uniese, una vez terminada la baladí operación de abrir el almacén. Jagger limpiaba el vestíbulo con el aspirador de polvo. Pasó frente a la puerta de entrada, que nunca se abría y remolcó el aparato por las escaleras para limpiar los descansillos superiores. En realidad, la casa no estaba sucia, pero por la mañana era normal hacer limpieza. Las mujeres, sentadas en compañía de Pief, discutían con volubilidad la manera de distribuir las raciones, pero después de esta conversación los interlocutores se separaron y cada cual se encerró en sí mismo como en una concha. Calvin y Harley ya se habían ido en dos direcciones diferentes.

Su morada era un verdadero caserón. Tenía pocas ventanas y las pocas existentes no se abrían, eran irrompibles y no admitían la luz. La casa estaba sumida en tinieblas; las habitaciones sólo se iluminaban cuando alguien entraba en ellas... y la luz procedía de una fuente invisible. Ello les obligaba a penetrar en las tinieblas antes de que éstas se desvaneciesen. Las habitaciones estaban amuebladas, pero con muebles incongruentes y que apenas tenían relación entre sí, como si la habitación que los contenía no tuviese ninguna finalidad determinada. A veces parecían cuartos de trastos viejos.

No se podía discernir ningún plan en el primero y segundo piso o en el ático, largo y vacío. Sólo la familiaridad y la costumbre permitían dominar aquel dédalo de piezas y corredores. Y ellos disponían de mucho tiempo para familiarizarse con su laberíntica morada.

Harley paseó largo rato con las manos en los bolsillos. En un sitio encontró a la Dapple.

La joven estaba inclinada graciosamente sobre un bloc de dibujo, copiando con mano inhábil un cuadro que pendía de una de las paredes... y que representaba aquella misma estancia en la que ella se encontraba. Cambiaron unas palabras y Harley continuó su paseo.

Algo se agazapaba en un rincón de su mente, como una araña en un ángulo de su tela. Penetró en lo que ellos denominaban la sala del piano y entonces comprendió que era lo que le preocupaba. Casi furtivamente miró a su alrededor cuando las tinieblas retrocedieron y luego contempló el gran piano de cola. Algunos extraños objetos habían aparecido de cuando en cuando sobre el estante, para ser distribuidos por toda la casa: uno de ellos estaba entonces encima del piano.

Era un modelo, de aspecto macizo y de medio metro de alto, achaparrado, casi redondo, de aguda punta y cuatro aletas en arbotante, sobre las que descansaba. Harley sabía lo que era. Era

Librodot

una nave de enlace entre el espacio y la Tierra y viceversa, un modelo de las pesadas naves que ascendía hasta las astronaves propiamente dichas.

Aquello les produjo más desconcierto que la aparición del propio piano en el almacén. Sin apartar sus ojos del modelo, Harley tomó asiento en el taburete del piano y permaneció con el cuerpo en tensión, tratando de arrancar algo del fondo de su mente... Algo relacionado con astronaves.

Fuera lo que fuese, era algo desagradable que lo esquivaba cuando él ya creía tenerle el dedo encima. Lo rehuía constantemente. Si pudiese comentarlo con alguien, tal vez conseguiría sacarlo de su escondrijo. Desagradable y amenazador, pero con una promesa mezclada en la amenaza.

Si pudiese alcanzarlo y mirarlo cara a cara, podría hacer... algo definido. Y hasta que no lo hubiese enfrentado, ni siquiera podría decir que era aquello definido que quería hacer.

Oyó pisadas detrás suyo. Sin volverse, Harley levantó con rapidez la tapa del teclado e hizo correr un dedo por las teclas. Sólo entonces se volvió para mirar con indiferencia sobre el hombro. Era Calvin, con las manos en los bolsillos y un aspecto sólido y desahogado.

-He visto luz aquí - dijo con soltura - y se me ocurrió entrar.

-Pues a mí se me ocurrió tocar un poco el piano - respondió Harley, sonriendo. No se podía hablar de aquello ni siquiera con un amigo como Calvin, pues la cosa quedaba fuera dé toda discusión... debido a su propia naturaleza y porque uno tenía que portarse como un ser humano normal y despreocupado. Esto, al menos, era claro y seguro y le infundía consuelo: portarse como un ser humano normal, como un hombre moliente y corriente...

Tranquilizado, sus dedos arrancaron armoniosas notas al teclado. Tocaba bien. Todos ellos tocaban bien, Dapple, May, Pief... así que hubieron montado el piano, todos se pusieron a tocarlo, y a tocarlo bien. ¿Era aquello... natural? Harley miró de soslayo a Calvin. Este apoyaba su robusta figura en el instrumento, vuelto de espaldas a aquel desconcertante modelo, libre por completo de cuidados. Su rostro únicamente mostraba una expresión suave y amable. Todos ellos eran amables y jamás se peleaban.

Cuando los seis se reunieron ante su frugal almuerzo, su conversación fue trivial y alegre. Luego vino la tarde, muy parecida a la mañana, a todas las mañanas: segura, cómoda, sin propósito definido. Sólo a Harley aquella tarde le pareció ligeramente desenfocada, pues poseía ya una clave para el problema. No era más que un indicio, pero en la absoluta calma de sus días adquiría bastante relieve.

Fue May quien le dio aquella pista. Cuando ella se sirvió jalea, Jagger la acusó riendo de tomar más de lo que le correspondía. Dapple, que siempre defendía a May, dijo:

-Ha tomado menos que tú, Jagger.

-No - le enmendó May -. Creo que sí que he tomado más que nadie. Pero lo he hecho por un motivo interior.

Aquella era una broma muy en boga entre ellos. Pero Harley se puso a rumiarla, paseando arriba y abajo por una de las silenciosas habitaciones. Motivos interiores, ulteriores... ¿Sentían sus compañeros la misma desazón que él? ¿Tenían un motivo para ocultar aquella desazón? Y otra pregunta:

Librodot

¿Dónde estaban?

Desechó esta pregunta con brusquedad.

Había que ir por partes, tanteando con suavidad el camino que llevaba al abismo. Tenía que clasificar los conocimientos que poseía.

Primero: la Tierra llevaba poco a poco las de perder en una guerra fría con Nititia.

Segundo: Los nititianos poseían la alarmante facultad de poder asumir la misma apariencia de sus enemigos.

Tercero: Gracias a ello se podían infiltrar en la sociedad humana.

Cuarto: La Tierra era incapaz de ver por dentro la civilización nititiana.

Por dentro... Una oleada de claustrofobia se abatió sobre Harley cuando comprendió que estos hechos capitales no tenían ninguna relación con aquel pequeño mundo interior. Procedían, por medios que le eran desconocidos, del exterior, aquella vasta abstracción que ninguno de ellos había visto jamás. Tenía la imagen mental de un vacío estrellado en el que hombres y monstruos corrían y luchaban, pero se apresuró a borrarla. Tales ideas no estaban de acuerdo con la reposada conducta de sus compañeros. ¿Pensaban éstos en el exterior, a pesar de que nunca lo mencionasen?

Harley se paseaba inquieto por la estancia y el parquet hacía resonar la indecisión de sus pasos. Se hallaba en la sala de billares. Empujando las bolas sobre el paño verde con un dedo, las hizo rodar, presa de un conflicto interior. Las rojas esferas se tocaron y se separaron. Así era como funcionaban las dos mitades de su mente. Eran muy reconciliables: por un lado, debía permanecer allí y conformarse; por otro lado, no debía permanecer allí (al no recordar un tiempo en que no hubiese estado allí, Harley sólo podía formular la segunda idea hasta aquel punto y no más). Otra cosa que le causaba dolor era el hecho de que «aquí» y «allá» no pareciesen ser las dos mitades de un todo homogéneo, sino dos disonancias.

La bola de billar corrió lentamente hasta caer en un orificio. Entonces él se decidió. Aquella noche no dormiría en su habitación.

Vinieron desde distintos puntos de la casa para tomar juntos unas copas antes de acostarse. Por tácito consentimiento, se aplazó la partida de cartas para otro momento. Tenían tiempo de sobras para todo.

Hablaron de las naderías que habían formado su jornada, del modelo de una de las habitaciones que Calvin construía y May amueblaba, de la luz defectuosa del corredor del piso alto, que tardaba demasiado en encenderse. Se sentían intimidados. De nuevo era hora de dormir y nadie sabía qué sueños vendrían a ellos. Pero dormirían. Harley sabía - se preguntó si los demás también lo sabían - que, con la oscuridad que descendía cuando se metían en la casa, vendría la orden insoslayable de dormir. Se mantenía alerta y en tensión junto a la puerta de su dormitorio, dándose perfecta cuenta de lo irregular de su conducta. Notaba dolorosos latidos en la cabeza y se llevó una mano helada a la sien. Oyó como los demás se iban a sus respectivas habitaciones. Pief le llamó para darle las buenas noches; Harley le contestó. Luego reinó el silencio.

¡Había llegado el momento!

Librodot

Cuando salió con nerviosismo al corredor, la luz se encendió.

Sí, aquella luz tardaba en encenderse... Parecía que lo hiciese a regañadientes. Su corazón latía tumultuosamente. Ya no podía volverse atrás. No sabía lo que iba a hacer ni lo que iba a pasar, pero ya no podía volverse atrás. Había conseguido evitar el impulso de dormir. Ahora tenía que ocultarse y esperar.

No es fácil ocultarse cuando una señal luminosa le sigue a uno por todas partes. Pero penetrando por un pasadizo que conducía a un cuarto que nadie utilizaba, abriendo apenas la puerta y agazapándose en el umbral, Harley consiguió que la luz defectuosa del rellano se apagase, dejándole en la oscuridad.

No se sentía contento ni cómodo. Su cerebro bullía en un conflicto que él apenas distinguía. Le alarmaba pensar que había faltado a las reglas y le asustaban las tinieblas llenas de crujidos que le rodeaban. Pero no estuvo por mucho tiempo con el ánimo en suspenso.

La luz del corredor volvió a encenderse. Jagger había salido de su dormitorio sin tomar ninguna precaución para no hacer ruido. La puerta se cerró con estrépito detrás suyo. Harley pudo atisbar su cara antes de que diese media vuelta y se dirigiese a la escalera: se le veía despreocupado y sereno... como un hombre que sale del trabajo. Bajó la escalera con paso rápido y alegre.

Jagger debía estar durmiendo, en su cama. Se había transgredido una ley de la naturaleza. Sin vacilar, Harley le siguió. Había estado preparado para algo, y algo sucedió en verdad, pero sentía escalofríos de temor. Se le ocurrió la loca idea de que podía desintegrarse de miedo. De todos modos, se obligó a bajar las escaleras, pisando sin ruido la tupida alfombra. Jagger había doblado un ángulo. Iba silbando tranquilamente. Harley le oyó descorrer el cerrojo de una puerta. Debía de ser la del almacén... las demás puertas no tenían cerrojo. Jagger dejó de silbar.

En efecto, el almacén estaba abierto. De su interior no venía el menor ruido. Cautelosamente, Harley se asomó al interior. La pared opuesta se había abierto, girando sobre un pivote central, para revelar un pasadizo al otro lado. ' Durante varios minutos Harley se sintió incapaz de moverse, contemplando como hipnotizado la abertura. Finalmente, sintiendo que se ahogaba, entró en el almacén. Jagger había salido... por allí. Harley hizo lo propio. Aquello iba a un lugar desconocido, a un lugar de cuya existencia él no tenía ni la más remota idea... A un lugar que no era la casa...

El pasadizo era corto y tenía dos puertas. La del otro extremo parecía la puerta de una jaula (Harley fue incapaz de reconocer a un ascensor). En un lado había una portezuela estrecha, provista de una ventanilla.

La ventanilla era transparente. Harley miró por ella y luego retrocedió, notando que le faltaba la respiración. Sintió vértigo y se le formó un nudo en la garganta.

Afuera brillaban las estrellas.

Con un esfuerzo, consiguió dominarse y regresar al primer piso, apoyándose en la barandilla. Todos ellos habían estado viviendo bajo una terrible equivocación...

Irrumpió en la habitación de Calvin y la luz se encendió. En el aire flotaba un débil y dulce aroma y Calvin yacía tendido sobre su amplia espalda, dormido profundamente.

-¡Calvin! ¡Despierta! - le gritó Harley.

El durmiente no se movió. Harley tuvo conciencia, de pronto, de su propia soledad y de la espectral presencia de la gran mansión que le rodeaba. Inclinándose sobre el lecho, zarandeó violentamente a Calvin y le dio palmadas en el rostro.

Calvin lanzó un gruñido y abrió un ojo.

-Despiértate, hombre - le apremió Harley -. Aquí pasó algo terrible.

Calvin se incorporó sobre un codo. Al contagiársele el temor del otro, se despabiló completamente.

-Jagger ha salido de la casa - le dijo Harley -. La casa tiene una salida. Tenemos... tenemos que descubrir qué somos. - Su voz adquirió un timbre histérico y volvió a zarandear a Calvin. - Tenemos que averiguar qué pasa aquí. ¡O somos víctimas de un espantoso experimento... o todos nosotros somos unos monstruos!

Pero mientras hablaba, ante sus propios ojos atónitos, entre sus propias manos, Calvin empezó a arrugarse, encogerse y hacerse borroso, mientras sus ojos se juntaban y su hercúleo torso se contraía. Algo distinto... algo vivo y animado... se formaba en su lugar.

Harley sólo dejó de gritar cuando, después de bajar las escaleras de cuatro en cuatro, la vista de las estrellas a través de la ventanilla consiguió calmarle. Tenía que salir afuera, fuese lo que fuese aquel «afuera».

Y entonces se decidió.

Abrió la portezuela y salió al fresco aire nocturno.
Los ojos de Harley no estaban acostumbrados a juzgar las distancias. Necesitó algún tiempo para comprender la naturaleza de lo que le rodeaba, para comprender que en la distancia se recortaban unas montañas sobre el cielo estrellado y que él estaba de pie sobre una plataforma erigida a tres metros y medio sobre el suelo. A cierta distancia brillaban unas luces, formando rectángulos iluminados sobre una extensión cubierta de macadán.

Había una escalerilla de acero al borde de la plataforma. Mordiéndose los labios, Harley se aproximó a ella y descendió torpemente. El frío y el miedo le hacían temblar como un azogado. Cuando sus pies tocaron terreno sólido, echó a correr. Miró una sola vez hacia atrás y vio la casa posada sobre su plataforma como una rata puesta sobre una ratonera.

Entonces se detuvo de pronto, en la oscuridad casi total. El horror y la aversión le dominaron, provocándole náuseas. Las estrellas titilaban en lo alto y las pálidas crestas montañas empezaron a girar y él apretó los puños para no desvanecerse. Aquella casa, fuese lo que fuese, representaba todo el frío de su espíritu. Harley se dijo: «Sea lo que sea lo que me han hecho, me han engañado. Alguien me ha desprovisto tan completamente de algo, que ni siquiera sé lo que es. He sido engañado, burlado...»

Y sintió que se ahogaba al pensar en los años que le habían robado. Nada de pensar: el pensamiento quemaba las sinapsis y corría como un ácido por el cerebro. ¡Únicamente acción! Los músculos de sus piernas se pusieron nuevamente en movimiento.

Ante él se alzaron unos edificios. Corrió hacia la luz más. próxima e irrumpió en la primera puerta. Entonces se detuvo en seco, jadeando y parpadeando bajo aquella luz cegadora.

Librodot

Las paredes de aquella habitación estaban recubiertas de gráficos y mapas. En el centro de la pieza había una mesa de grandes proporciones provista de pantalla televisora y altavoz. Era una habitación de aspecto oficinesco, con ceniceros abarrotados de colillas. Reinaba en ella un desaseo ordenado. Un hombre enjuto se sentaba muy alerta ante la mesa; su boca era de labios delgados.

Otros cuatro hombres estaban también en la habitación. Todos ellos iban armados y ninguno mostró sorpresa al verle? El hombre sentado ante la mesa vestía un traje impecable; los demás iban de uniforme.

Harley se apoyó en el umbral, sollozando. No encontraba palabras.

-Has tardado cuatro años en salir de ahí - le dijo el hombre enjuto. Su voz era aguda -. Acércate y mira esto - le dijo, indicándole la pantalla que tenía delante. Haciendo un esfuerzo, Harley obedeció; sus piernas parecían haberse convertido en muletas.

En la pantalla, claro y real, se veía el dormitorio de Calvin. La pared del fondo se abrió y por ella dos hombres uniformados se llevaron a rastras a una extraña criatura, un ser que parecía de alambre, de aspecto mecánico, que antes se llamaba Calvin.

-Calvin era un nititiano, pues - observó Harley con voz ronca, consciente de una especie de sorpresa estúpida que le produjo su propia observación.

El hombre enjuto asintió con gesto aprobador.

-Las infiltraciones enemigas llegaron a constituir una verdadera amenaza - dijo -. En la Tierra, nada ni nadie estará seguro. Estos seres pueden matar a un ser humano haciéndole desaparecer y convirtiéndose en su réplica exacta. Esto complica mucho las cosas... De esta manera, perdimos muchos secretos de Estado. Pero las naves nititianas tienen que tomar tierra para desembarcar a los no-hombres y recogerlos una vez realizada su misión. Este es su talón de Aquiles.

»Interceptamos a una de estas naves y paralizamos uno por uno a sus tripulantes después que hubieron asumido una forma humanoide. Entonces los sometimos a una amnesia artificial y los distribuimos en pequeños grupos en diferentes lugares, para someterlos a estudio. Tienes que saber, en efecto, que estás en el Instituto del Ejército para la Investigación de los No-Hombres. Hemos aprendido muchas cosas... casi lo suficiente para combatir la amenaza... Tu grupo, por supuesto, era uno de esos.

Harley casi chilló:

-¿Por qué me pusieron ustedes con ellos? .

El hombre enjuto se golpeó los dientes con una regla antes de responder.

-En cada grupo tiene que haber un observador humano, además de todos los aparatos registradores y observadores conectados con el exterior. Debes comprender que un nititiano consume mucha energía para mantener su forma humana; una vez en esa forma, la mantiene por auto-hipnosis, la cual sólo cede en momentos de prueba y de tensión interior. La cantidad de tensión soportable puede variar de un individuo a otro. Nuestro observador humano puede darse cuenta de estas tensiones... Es un trabajo muy fatigoso; siempre utilizamos dobles que actúan a días alternos...

-Pero yo siempre he estado allí...

-El ser humano de tu grupo - le interrumpió su interlocutor - era Jagger, o dos hombres que se alternaban en el papel de Jagger. Esta noche sorprendiste a uno de ellos saliendo de la casa, una vez terminado su turno.

-Esto no tiene ni pies ni cabeza - gritó Harley -. ¿Trata usted de decir que yo...?

Las palabras le faltaban. Ya no podía pronunciarlas. Sintió como su forma exterior se deshacía como arena, mientras desde el otro lado de la mesa varias pistolas le encañonaban.

El hombre enjuto apartó su mirada del repugnante espectáculo antes de proseguir:

-Tu nivel de tensión es sorprendente. Muy notable, a decir verdad. Pero todos terminái por cometer la misma falla. Como los insectos terrestres que imitan a determinados vegetales, vuestra astucia se convierte en un arma de dos filos. No sabéis ser más que simples copias. Como Jagger U2 pasaba el día sin hacer nada, todos vosotros os limitabais a imitarle instintivamente. No os aburríais... ni siquiera tratabais de cortejar a Dapple... uno de los no-hombres más bien parecidos que he conocido. Ni siquiera el modelo de astronave os produjo reacción apreciable.

Alisándose su traje, se levantó ante el ser esquelético que se había ido a agazapar en un rincón.

Vuestra inhumanidad interior siempre os delatará - dijo con voz tranquila - por humanos que podáis ser exteriormente.

JUEGOS DE PARED

Era Navidad y la nieve caía por cortesía de «Home-Count Climatic». Rick Sheridan salió temprano de su turno. Pilotó diestramente su helic entre las nubes blancas, manteniéndose, gracias a su larga costumbre, dentro de los niveles de altitud prescritos para la clase particular de consumidores a que pertenecía. Hasta allí donde podía decirse que tuviese un carácter, éste era alegre. Y en aquellos momentos manifestaba su alegría silbando.

Sus alegres silbidos llenaban la pequeña carlinga, compitiendo con la música que surgía de la pantalla de tely, de siete centímetros de diámetro, que llevaba a guisa de reloj de pulsera.

¡Navidad! Era proverbialmente la época de fiestas, regocijos y máximo consumo. Era un período de dicha general... la sola excepción, posiblemente, estaba representada por Neata, su mujer. Su malhumor cada vez le resultaba más difícil de soportar. La simple evocación de la adusta expresión de su esposa le hizo desafinar en la cancioncilla que silbaba.

Para la difícil maniobra del aterrizaje, Rick puso el piloto automático. Aquel lujo le había sido instalado por «Happy Hover Ltd.» apenas hacía dos meses. Con un imperceptible susurro, el helic descendió como una pluma saliendo de las nubes, atravesando los niveles aéreos, descendiendo junto a las techumbres, para posarse en el jardín trasero de Sheridan.

El jardín era grande en comparación con la mayoría de ellos. Sus dimensiones eran de cinco por tres metros y estaba pavimentado con neo-hormigón. Rick saltó del aparato y se desperezó. Aunque ya tenía veintiocho años cumplidos, de pronto volvió a sentirse joven y saludable y también experimentó un súbito apetito.

-¡Oh, qué bien me vendría ahora una taza de sabrosos y deliciosos Cob Corners! - exclamó gozoso, corriendo hacia la puerta posterior de la casa.

Se hallaba a bastante altura en el escalafón de la clase consumidora para poseer una magnífica morada de dos habitaciones. Después de atravesar la sala de desechos, penetró en la sala de mirar y gritó: -¡Neata!

Su costilla estaba tranquilamente sentada ante la mesa-descanso, entregada a la laboriosa tarea de remendar un aparatito doméstico, con su rubia cabeza inclinada sobre su trabajo. Su sonrisa de bienvenida se formó de manera harto fácil y natural en torno a su nueva dentadura, y se levantó de un salto, echándole los brazos al cuello... con cuidado, eso sí, de no arrugarle la corbata de pajarita.

-¡Qué pronto has venido hoy, Ricky, querido! - exclamó.

-Completé mi producción antes del tiempo que me habían asignado - le explicó con orgullo -. Gracias a Howlett's.

Su única hija, Goya, se levantó y corrió a dar la bienvenida a su papá. Consiguió hacerlo avanzando de espaldas para no apartar la mirada de las pantallas murales, donde Sobold el Rey del Jabón hacía frente él solo a tres sucios criminales.

Los ojos de Rick brillaron detrás de sus lentes de contacto, al pensar cuan afectuosa era aquella niña a pesar de no tener más que tres años. Sin embargo, algo en el proceder de la niña debió de desagradar a su madre, pues Neata dijo con irritación:

-¿Por qué no saludas a tu padre como es debido?

-Quielo vel al viejo Sobold lavando a los ladlones - dijo Goya con voz retadora.

-Ya eres bastante mayorcita para saber lo que pasará - dijo Neata con enfado -. Los pillará y hará que todos se laven a conciencia en el agua espumosa y olorosa que sólo se obtiene con los jabones Little Britches.

-No te enfades con ella - le dijo Rick -. Recuerda que es Navidad.

Sentándose a Goya en sus rodillas, se dispuso a contemplar con ella, a Sobold, olvidándose de su apetito. Las pantallas murales ocupaban dos de las cuatro paredes de la pieza. A fines del año próximo, si trabajaba con el mismo ritmo actual, podrían instalar una tercera pantalla. Y un día... se sonrojó de entusiasmo al pensar que podría hallarse rodeada por una imagen cuadruplicada sobre todas las paredes de la estancia.

Un parpadeo de interferencia se extendió sobre las brillantes pantallas. Rick gruñó disgustado; la extraordinaria conquista técnica que representaba la tely era algo que enorgullecía a todos los consumidores civilizados, pero de todos modos era evidente que en los últimos tiempos había habido más interferencias que de costumbre. Rick recordó los rumores confusos y evasivos que había oído en el trabajo; rumores que hablaban de un vil movimiento que se proponía derribar el actual régimen de dicha y felicidad. Al parecer, aquel movimiento estaba formado por hombres decididos que disponían de armas novísimas y ultra secretas.

Rechazando aquella idea con irritación, concentró toda su atención en las pantallas. Después que los adversarios de Sobold fueron justicieramente refregados y lavados, el cuarto de hora siguiente estuvo consagrado a «La Granja de Mr. Dial», un serial cómico que constituía una sátira de la vida campesina en el siglo XX, presentado por los fabricantes de las Barras de Carne Grinbaum's.

-Es hora de acostarte, Goya - dijo Neata y, a pesar de las protestas de la damita, fue introducida en la sala de desechos para enfrentarse con Little Britches, dentífricos Ardenti y Polvos de Talco Juxon. Rick aprovechó esta oportunidad que se le ofrecía de encontrarse solo, para pasarse diez minutos contemplando su Pornógrafo, pero su atención fue atraída de nuevo por un jovial anunciante que vestía el uniforme de Grinbaum y que proclamaba:

-Bravo, queridos clientes. Pues bien, de momento tendremos que dejar a Mr. Dial. ¿Parirá su vaca, la que ganó premio en la exposición? ¿Recibirá Sally Hobkin aquel beso apasionado que merece ? Si ustedes no lo saben, yo tampoco lo sé. Pero de una cosa si estamos todos seguros : la calidad, el buen caldo que dan y el poder alimenticio de las Barras de Carne Grinbaum's. En cada uno de los cubitos que fabricamos se ha invertido un buey entero.

E inclinándose luego casi fuera de la pantalla, el anunciador vociferó con voz ronca:

-¿Ya ha comprado usted hoy las Barras de Carne Grinbaum's, Sheridan?

El anunciante desapareció. La pantalla quedó vacía. Diez segundos hasta el siguiente programa.

-Desde luego, hace muy bien este número - dijo Rick, boquiabierto, pasándose una mano por la frente -. Siempre consigue sobresaltarme.

Librodot

-A mí también - dijo Neata con sencillez, introduciendo a Goya, vestida con su camisón, en la sala.

Aquel truco mediante el cual los consumidores podían ser llamados personalmente era el último invento de la tely y tal vez el más ingenioso. El anunciador, en realidad, no había pronunciado ningún nombre; en lugar de ello, en el momento adecuado una señal retransmitida desde el estudio ponía en acción un circuito en el aparato receptor de las diversas casas, el cual pronunciaba inmediatamente el nombre del cabeza de familia.

Neata apretó la mesa-descanso y una sección de ella se convirtió en cama. Acostó a Goya y le dio una tasa de humeante Howlett's, que provocaba hermosos sueños. Apenas había terminado de beber la última cucharada cuando se dejó caer sobre la almohada bostezando.

-¡Que duermas bien, hijita! - le dijo Neata cariñosamente, mientras colocaba los tapones en los oídos de la niña. Se sentía cansada, no sabía por qué. ¡Qué alivio cuando le llegase el momento de tomar también su taza de Howlett's y de ponerse los Tapones Indoloros Payne!

Como la tely actuaba durante las veinticuatro horas del día y las pantallas no se desconectaban nunca, los medios para proteger el sueño eran una necesidad.

-¡Aquí Estrella Verde, canal B! - anunciaron las pantallas -. ¡Comienza la Hora de la Butaca de Orejeras!

-¿Tendremos que aguantar esto? - preguntó Neata, cuando aparecieron tres coristas desvestidas y risueñas levantando alegremente las piernas.

-Podríamos probar Estrella Verde A.

Estrella Verde A ofrecía una comedia, que ya había empezado. Probaron Estrella Verde C, pero ésta daba un programa de viajes y a Rick la visión de otros países le aburría... y también le asustaba un poco. Así es que pusieron de nuevo la Hora de la Butaca de Orejeras y poco a poco se fueron hundiendo en una agradable modorra.

Había otros tres sistemas estelares de distintos colores, cada uno de los cuales poseía tres canales. En teoría, todos ellos estaban a su disposición. Pero Estrella Verde era el sistema aprobado oficialmente para la clase de consumidores a la que ellos pertenecían; evidentemente los Sheridan perderían el tiempo contemplando un programa de la Estrella Blanca, que anunciaba artículos que estaban fuera de sus posibilidades económicas, como productores de chubascos, estratocoches, telysólidos y bingopruebas.

Además, si contemplaban la Estrella Blanca, no había por desgracia ninguna garantía de que la tely no los contemplase a su vez.

Pues desde la instalación del «rebote ondulatorio», acaecida unos diez años antes, todas las pantallas murales eran recíprocas..., lo cual quería decir, en términos sencillos, que todos los televidentes podían ser vistos a su vez en la tely. Esta innovación permitió crear algunos de los mejores programas, pues los televidentes podían permanecer cómodamente sentados, viendo cómo ellos mismos veían la tely.

El programa que estaban visionando consistía en uno de los numerosos y popularísimos concursos televisados, que recibían el nombre familiar de «juegos de pared». Tres caballeros y una dama, los cuatro con los ojos vendados, tenían que probar diversos flanes, pasteles y detergentes patentados, adivinando su marca por el gusto. Un locutor en mangas de camisa daba pescozones a los que se equivocaban.

Librodot

Precisamente aquella noche - tal vez porque era Navidad - el espectáculo de Gilbert Lardner recibiendo cachetes no entusiasmó a Rick. Empezó a pasear por la sala de mirar, lo cual era muy fácil, pues, con excepción de la mesa-descanso sobre la que Goya dormía bajo la acción de drogas, en la habitación había una ausencia completa de mobiliario.

Al observar que Neata le miraba con curiosidad, Rick salió al jardín. No estaba bien distraer a una persona que contemplase la tely.

La nieve seguía cayendo en copos regulares, por cortesía de «Home-Count Climatic». El no notó el frío aire nocturno, pues iba muy abrigado con su traje de lana Moxon, lo mejor para el frío. Con expresión ausente, pasó la mano sobre el helic, sus aletas romas, su motor atómico, su supresor de tely y sus ruedas. Se lo cuidaban, lo engrasaban y lo limpiaban en el aeródromo, por supuesto: él no tenía nada que hacer con su aparato. A decir verdad, tampoco hubiera podido hacer nada.

Como una persona juiciosa, como todos sus vecinos - a los que apenas había visto alguna que otra vez - volvió a entrar en la casa para sentarse ante las pantallas.

Cinco minutos después resonó la llamada a la puerta, lo cual era una cosa sin precedentes.

La escasez de tierras arables en Inglaterra, que fue aguda en el siglo xx, pasó a ser crítica en el siglo XXI. Al aumentar tan fabulosamente la población humana, cuantas más casas se erigían en el terreno cada vez más escaso, más se necesitaban. Estos dos problemas, que en realidad no eran más que facetas de un solo problema, se resolvieron de una manera espectacular e inesperada. Cuando se implantaron los programas de veinticuatro horas en la tely, los que se desvivían por el bienestar de la nación (frase que indicaba a aquéllos que vivían del erario público) comprendieron que nueve décimas partes de la población no necesitaban tener ventanas ni amigos: la tely les llenaba totalmente la vida.

Una casa sin ventanas puede construirse en cualquier lugar. Pueden construirse hileras de cientos de ellas o bloques con millares de viviendas. Las calles y las carreteras tampoco constituían un obstáculo a esta aglomeración, pues una población que sólo utilizase los transportes aéreos podía prescindir perfectamente de las calles y otras vías de comunicación terrestre.

Una casa sin amigos no necesita hacer ostentación. Ya no hay necesidad de rivalizar con los Jones, o con quienquiera que sea. En realidad sólo se requieren dos habitaciones: una para mirar las pantallas y otra para almacenar las Barras de Carne y otros artículos que las pantallas anuncian, y cuya compra se convierte en una necesidad para el consumidor sugestionado por la propaganda. Por lo tanto la tely cambió la fisonomía de Inglaterra casi de la noche a la mañana. La casa de los Sheridan, como tantas otras, se hallaba en el centro de un enjambre de moradas que se extendían a más de un kilómetro en todas direcciones; sólo podía llegarse a ella mediante un aparato volador suficientemente pequeño para aterrizar en el jardincito.

Esto significa que, por muchas razones, aquella llamada con los nudillos a la puerta fue una verdadera sorpresa.

-¿Quién podrá ser? - preguntó Rick con inquietud.

-No lo sé - respondió Neata. Ella también había oído aquellos rumores acerca de un movimiento subversivo; momentáneamente, le pareció ver - lo cual no era desagradable del

todo - a dos enmascarados que entraban para hacer trizas las pantallas murales. Pero luego pensó que los enmascarados no se molestarían en llamar.

-Tal vez son los de las Barras de Carne Grinbaum's - apuntó Rick -. Hoy me olvidé de comprarlas.

-No seas estúpido - le dijo su esposa con impaciencia -. ¿Que no sabes que su fábrica está completamente automatizada? Anda, ve a ver quién es.

En esto él no había pensado. Para aquello servían más las mujeres... Levantándose a regañadientes, fue a abrir la puerta, alisándose el cabello y arreglándose la corbata por el camino.

Un sujeto de apariencia sólida estaba de pie bajo los copos de nieve que se arremolinaban a su alrededor. Rick vio su helic aparcado al lado del suyo. Llevaba una capa sobre su traje de lana Mock; saltaba a la vista que pertenecía a una clase de consumidores más elevada que los Sheridan.

-¿Qué desea? - le preguntó Rick, inseguro.

-¿Me permite pasar? - le preguntó el desconocido con aquella voz que en las pantallas siempre recibe el apelativo de resonante -. Soy un criminal fugitivo.

-¿Cómo?...

-No soy peligroso. No se alarme.

-La niña está en la cama - dijo Rick, apelando al primer subterfugio que se le ocurrió.

-No tenga miedo - dijo el desconocido, con la misma voz resonante -. El rapto de criaturas es un delito que no figura en la lista de mis crímenes.

Pasó majestuosamente junto a Rick, atravesó la oscura sala de desechos y entró en la sala de mirar. Neata se puso vivamente en pie. El se inclinó profundamente y luego se despojó de la capa, con un amplio ademán que esparció nieve por toda la habitación.

-Señora, perdone mi intrusión - dijo con su voz de barítono más resonante que nunca -. Me coloco a vuestra merced.

-¡Oh, habla usted como un personaje de un juego de pared! - dijo Neata, arrobada.

-Se lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón - dijo el desconocido. A continuación se presentó, diciendo que se llamaba Jack Gabriel el Negro.

Rick apenas le escuchaba. Se dedicaba a observar atentamente aquella robusta figura vestida con suma elegancia y el mechón de pelo blanco, que causaba una curiosa impresión y se destacaba sobre su melena leonina. Aquel individuo aparentaba unos treinta años de edad. También se dio cuenta de las miradas significativas que se cruzaban entre Neata y Jack el Negro.

-Yo soy Neata Sheridan y éste es mi esposo Rick - dijo Neata.

-Un hombre delicioso - dijo Jack el Negro, haciendo una inclinación de cabeza a Rick y dirigiéndole además una cautivadora sonrisa. -Es la abreviatura de Rickmansworth - dijo Neata con cierta acritud.

Librodot

Jack el Negro empezó a hablar, de cara a ambas pantallas pero sin hacerles el menor caso. Era un orador nato y el rubor de Rick - hábito nervioso que se hacía evidente en las raras ocasiones en que se encontraba ante otro ser humano - incluso terminó por desaparecer.

Jack, el Negro les hizo un dramático relato de su captura por la policía armada, que le había perseguido por los techos de un edificio, a treinta pisos de altura sobre el nivel del suelo. Pasó los últimos nueve años en la penitenciaría de Holloway, condenado a trabajos forzados, que consistían en hacer mitones de punto para los cameramen de la Tely Extranjera.

De pronto, sólo hacía unas horas, se le presentó la tan ansiada ocasión de huir. Jack el Negro consiguió introducirse en las habitaciones del Alcalde de la Prisión, cambiando sus ropas con él y huyendo en el helic del propio Alcalde.

-Y aquí estoy - les dijo -. Aterricé al azar... ¡Qué suerte he tenido al encontraros a vosotros dos!

A pesar de la algarabía que producía la desenfrenada música de las pantallas, Rick escuchó con gran atención.

-¿No considerará usted una grosería, señor Negro - le dijo - que le pregunte por qué lo encarcelaron?

-Esta es una historia muy larga - respondió Jack el Negro con aire modesto, frunciendo el entrecejo pero al propio tiempo sonriendo a Neata -. Como ya sabéis, antes Inglaterra era un país muy singular. En aquellos días - debéis de haber visto tantos programas que ya no os acordaréis - existía un gobierno. También había industrias y florecía algo conocido con el nombre de «libertad de comercio». El gobierno solía «nacionalizar» (como entonces decían) las industrias que iban en camino de hacerse demasiado fuertes y prósperas.

»Pues bien, una de las tales industrias se llamaba la Televisión... Tely en la actualidad. Se estaba haciendo tan poderosa, que el gobierno la intervino, pero, a pesar de todo, su poder era tanto, que fue ella quien terminó interviniendo al gobierno. Algo así como si, en vez de ser el perro quien moviese la cola, fuese la cola quien moviese al perro. Antes de poco tiempo, la tely lo era todo. Aquel programa de diversión perpetua significó un gran bien para el país. En la actualidad, la mitad de la población trabaja directa o indirectamente para la tely. La tely terminó con el paro obrero, con el exceso de trabajo, con las huelgas, con las neurosis, con las guerras, con el problema de la vivienda, con el crimen y con las quinielas futbolísticas. Había llegado la era del entretenimiento perpetuo.

-¡Qué bien habla usted! - dijo Neata, admirada, colgándose literalmente de sus palabras -. ¿Pero, qué hizo usted, para que le sentenciasen por tantos años?

-Yo fui el último primer ministro que hubo en este país - respondió Jack el Negro - y voté contra el entretenimiento perpetuo.

Neata se quedó boquiabierta. Lo mismo hizo Rick. Haciendo de tripas corazón, consiguió decir:

-En este caso, tendrá usted que marcharse. No queremos personas como usted en nuestra casa. Le ruego que se vaya antes de que comience el programa de los -Relojes Erogan.

-Oh, no le obligues a marchar - suplicó Neata, que de pronto había comprendido que aquél era el hombre que había estado esperando toda su vida. Era posible que fuese el jefe del

Librodot

movimiento subversivo cuya existencia se rumoreaba; tal vez era él quien causaba las interferencias en todas las pantallas murales del país; pero ella se lo perdonaría todo - ¡no, se lo aplaudiría! - sólo con que volviese a mirarla con aquellos ojos de cordero degollado.

-Le he dicho que se marche - repuso Rick. -No tenía ninguna intención de quedarme

- dijo Jack el Negro con frialdad -. Me voy a Bali, España, la India o a cualquier lugar donde no tengan entretenimiento perpetuo.

-¿Entonces, se puede saber a qué vino usted aquí? - le preguntó Rick amoscado.

-Sólo para pedirles un poco de comida que me permita llegar a alguno de estos sitios. Resulta que el helic del Alcaide no tenía provisiones para un vuelo de esta duración. No dudo en que querrán ayudarme, ¿verdad?

-Naturalmente... si es que usted lo considera absolutamente necesario. ¿De veras tiene que irse tan lejos? - dijo Neata.

-¿Por qué tenemos que ayudarle? - rezongó Rick -. Que me ahorquen si presto ayuda a un criminal. - Pero al ver cómo su media naranja cerraba los puños amenazadoramente y le miraba con ojos llameantes, murmuró compungido:

- Bueno, como quieras.

Y desapareció en la sala de desechos.

El ex primer ministro se volvió fogosamente hacia Neata.

-No sé cómo podré agradecerle jamás su ayuda, señora - jadeó -. ¡Será inútil que usted me olvide, porque yo no la olvidaré jamás!

-Ni yo tampoco - dijo ella, alelada -. Pienso que... ¡Oh!... Pienso que es usted maravilloso. Yo también... yo también detesto la tely.

Con ojos anegados en llanto ella le miró. El oprimía su mano: El oprimía su mano. Fue el momento más maravilloso de su vida; su corazón le dijo a Neata que estaba más cerca del Secreto de la Existencia que nunca. Entonces él se inclinó hacia ella... y Rick penetró de nuevo en la habitación.

Como apenas se atrevía a dejarlos solos, tomó a toda prisa una bolsa de ciruelas secas, dos paquetes de pasta de sopa Silvery, un pastelillo, un saquito de Antiguo Pescado Inglés Deshidratado y una bolsa de patatas fritas, y por último una lata de Grinbaum's que antes le había pasado por alto.

-Tome - le dijo con displicencia -. Y ahora largúese.

Jack el Negro era la suavidad en persona, ahora que ya había conseguido su objetivo. Incluso parecía contento de irse, pensó Neata con abatimiento. Pero, sin duda, toda la policía que en aquellos momentos no se dedicaba a contemplar la tely debía estar sobre su pista, y era mejor que no se demorase.

Rick siguió al intruso al nevado exterior y vio que la nieve seguía cayendo por cortesía de H.C.C. Jack el Negro tiró las provisiones al fondo de su helic y saltó con elegancia al asiento del conductor. Levantando una mano en irónica salutación, exclamó:

-¡Felices Pascuas!

Librodot

El aparato se elevó en el aire.

-¡Adiós! - le gritó Neata románticamente, añadiendo de manera aún más novelesca - ¡Bon voyage!

Pero el aparato ya se había perdido entre los níveos copos remolinantes.

-Entremos - gruñó Rick.

Una vez dentro no cambiaron palabra. Malhumorado, Rick se puso a contemplar las pantallas murales. Le habían aguado la fiesta. Incluso el programa de los Relojes Erogan había perdido su aliciente. Levantándose, empezó a pasear sin rumbo fijo, jugueteando con su corbata de pajarita.

-¡Qué asco! - rezongó -. Probemos Estrella Blanca. No creo que ahora haya inspectores vigilando. Nos hace falta un cambio.

Manipuló los mandos de la tely hasta captar Estrella Blanca A y contempló la pantalla boquiabierto de asombro. Neata le imitó pero con un poco más de deleite.

En ambas pantallas apareció un suntuoso salón. Un inmaculado anunciador y tres invitados igualmente inmaculados se hallaban repantigados en mullidas butacas; observando a un personaje que acababa de entrar por una puerta y se aproximaba a la cámara.

Aquella figura, con su airosa capa y el mechón de pelo blanco que le confería un aspecto tan distinguido, era inconfundible. Se inclinó ante el público invisible.

Nerviosamente, con excesiva cordialidad, el anunciador estaba diciendo:

-Bien, mis queridos consumidores, aquí tenemos de nuevo, sano y salvo en nuestro estudio, al puntal de la Hora de Bryson Brain-bath. - Y volviéndose al recién llegado, dijo -: Bien, Gervasio McByron - alias Jack el Negro -, el castigo que te hemos impuesto en esta edición navideña especial de nuestro popular programa las «Cincuenta Preguntas», en el que conseguiste la más baja puntuación, consistía en salir del estudio y penetrar por la astucia en casa de un consumidor de la clase verde, volviendo con algún recuerdo de tu visita. ¡Por lo que veo, has cumplido nuestras instrucciones al pie de la letra!

McByron, popular estrella de la tely Blanca, sonrió de oreja a oreja y dijo:

-¡Hice lo que pude!

A continuación depositó unas ciruelas, unos paquetes de pasta de sopa, un pastel, pescado seco, patatas fritas y una lata de Grinbaum's a los pies del locutor.

-Representaste tu papel de una manera extraordinariamente convincente - dijo el locutor, inquieto -. Espero que ninguno de nuestros televidentes habrá creído una sola palabra de lo que dijiste acerca de... ejem, nuestra querida mamá la Tely. Casi me convenciste... ¡Ja, ja, ja!

-A causa de esto, perderás tu contrato, McByron - opinó una dama muy decorativa que había sido incluida en el programa, a no dudar, a causa de su ondulante fachada -. Te pasaste de la raya. Pero mucho.

Librodot

-No nos perdimos absolutamente nada de tu representación en la choza de los Sheridan, gracias a la onda de rebote - dijo el locutor -. Espero que ninguno de nuestros televidentes haya creído una sola palabra...

-Dime, McByron - intervino la dama decorativa con frialdad -. ¿Cuál fue la verdadera impresión que te causó la señora Sheridan?

-¿Quieres una respuesta franca? - dijo McByron sin ambages -. Comparada contigo, Lady Patricia etc., etc. Burton, ella es una absoluta...

-¡Y aquí termina esta edición navideña especial de «Cincuenta Preguntas»! - gritó frenéticamente el locutor, poniéndose en pie de un salto y gesticulando -. Les ha sido presentada por cortesía de Baños Cerebrales Bry-son. No lo olviden: quien piensa demasiado está aviado. Buenas noches, queridos consumidores, Felices Pascuas.

Corte. La pantalla quedó vacía. Diez segundos antes de que comenzase el programa siguiente.

Con lentitud, Rick se volvió hacia su mujer.

-¡Ahí lo tienes! - exclamó -. ¡Desgraciada! ¡Ese... ese embustero! No hemos sido más que el hazmerreír de la clase privilegiada. ¿No te da vergüenza?

-Por favor, no digas nada, Rick - dijo Neata, distante. Había algo tan imperativo en l tono de su voz, que su marido se volvió y, de la manera más abyecta, puso de nuevo la Estrella Verde.

Neata, pensativa, salió de la habitación. Aún apretaba muy fuerte en su mano el terrible aparatito que McByron, alias Jack el Negro, le había entregado sigilosamente. Cuando se lo dio estaba terriblemente frío; a la sazón el contacto con su palma lo había calentado. Ella sabía lo que era y sabía lo que tenía que hacer con él.

-Es mortífero... - susurró -. Espantoso... El fin de la civilización que conocemos.

Aquel objeto de metal parecía quemarle la mano.

¡Qué listo había sido McByron! Ella sentía vértigo ante la osadía. Aunque no había duda de que era una de las primeras figuras de la tely, era también un saboteador, un miembro - ¡y tal vez el jefe! - del movimiento clandestino. Y había tenido el atrevimiento de entregar aquel arma terrible y de pronunciar su revolucionario mensaje, que haría nacer la duda en tantos corazones, ante los ojos de millares de televidentes.

Extasiada, exclamó:

-¡Qué hombre!

Neata ya estaba en el jardín nevado. Miró con rostro convulso el minúsculo aparato. Tenía que colocarlo en el helic de su marido. ¡Pobre Rick,.. aunque, por otra parte, jamás lo sabría! El pensamiento de que ella prestaba su ayuda a un poderoso y callado movimiento revolucionario, terminó de decidirla.

Inclinándose rápidamente, depositó el supresor antitely en el helic de Rick.

MUDEZ

La señora Snowden cada vez estaba más agotada. Había alcanzado aquel estado en que no se puede salir sin llevar consigo un pedazo de cartón sobre el que la frase NO HAGAS ESTO está escrita con grandes letras. Ella lo -llevaba debajo de su cárdigan, listo para sacarlo en un momento y ponerlo ante los ojos de Paulina.

Aquella desigual pareja, formada por la niñita de tres años y la dama de cincuenta y ocho años de edad, de aspecto señorial pero raídas vestiduras, llegó frente a la puerta lateral de su casa. Paulina iba triscando sobre los adoquines mientras la señora Snowden andaba despacio, sin quitar la vista de la acera desnuda. La primavera, a pesar de todo, había llegado, pero la tibia tierra apenas se había dado cuenta; incluso los narcisos habían dejado de brotar aquel año.

-No acabo de comprenderlo - se dijo la señora Snowden -. Nunca les pasa nada a los narcisos.

Y entonces empezó a hacer una lista de cosas que, a pesar de todo, podían haber sucedido y que explicarían aquel hecho anómalo: las heladas - el invierno había sido crudo -, falta de substancias nutritivas en el terreno - no se había abonado desde la ruptura de las hostilidades, hacía siete años -, las hormigas, los ratones, los gatos, los sonidos... Esto último parecía lo más probable. El sonido era capaz de todo, en aquellos tiempos.

Paulina golpeó con delicadeza con la pequeña aldaba de latón y desapareció en el vestíbulo. La señora Snowden se detuvo en el pórtico, para mirar las casas que se alzaban al otro lado de su alta tapia de ladrillo. Cuando construyeron aquella casa, se hallaba situada en un terreno despejado; en la actualidad la rodeaban pequeños y destartalados anexos por tres de sus lados. Ella los miró con odio. Dominándose, trató de admirar la luz del crepúsculo que bañaba los apiñados techos; los rayos solares los lamían horizontalmente, de una manera lánguida, pero aquello únicamente le dijo que de nuevo se acercaba la hora del oscurecimiento impuesto por las autoridades.

Penetró con paso pesado en la casa y cerró la puerta. En el interior, la noche ya había comenzado.

Su nietecita daba vueltas por el salón, golpeándose la cabeza con la tapa de un bote. De esta manera podía oír el ruido que hacía. La señora Snowden se disponía a sacar el cartón con el NO HAGAS ESTO, pero dejó caer la mano; aquella acción se estaba convirtiendo en algo maquinal, y ella debía precaverse contra aquello. Se acercó al mueble de la televisión - sólo funcionaba entonces el último compartimiento - y dio el contacto. Las condiciones de vida en la metrópoli habían mejorado un poco desde que Islandia fue liberada, y actualmente había emisiones de una hora y media todas las noches.

Los circuitos se calentaron y una imagen apareció en la semiesfera. Una pareja bailaba solemnemente, sin música. Para la señora Snowden, aquello tenía tan poco significado como pasar las páginas de un libro en blanco, pero Paulina se detuvo para contemplarlo. La niña sonrió al ver la pareja de bailarines; movió los labios, hablándoles.

NO HAGAS ESTO, gritó súbitamente el mudo cartel de la señora Snowden. Paulina hizo una mueca, sacando la lengua a su abuelita. Se alejó saltando mientras ésta la perseguía y se puso a corretear entre las sillas, sin dejarse atrapar.

La señora Snowden, muy enfadada, tiró el cartel al otro lado de la habitación, lanzando gritos de cólera, furiosa de que le recordasen su defecto, y agitando sus manos finas. Por último se dejó caer sobre el taburete del piano - ¡oh, la música, aquel arte maravilloso, extinguido para siempre! - y rompió en llanto. Su ira resonó en su propia cabeza como si estuviese a un millón de kilómetros de distancia, lo cual no hizo más que subrayar su aislamiento. En este instante ella siempre se desmoronaba.

La niñita se acercó con delicadeza, caminando y mirándola con delicadeza, pues sabía que había ganado. Puso una carita cariñosa y giró sobre un talón. Su falta de oído no la preocupaba; el silencio que conoció en el vientre materno nunca la había abandonado. Su indiferencia parecía una burla.

-¡No eres más que un animalito! - dijo la señora Snowden -. ¡Una bestezuela cruel e ignorante!

Paulina contestó con aquellos balbuceos que nunca se convertirían en palabras, los balidos que jamás percibiría un oído humano. Luego se acercó con suavidad a las ventanas, señaló el crepúsculo y empezó a correr las cortinas. Dominándose con un esfuerzo, la señora Snowden se levantó. Gracias a Dios la niña tenía cierto juicio; era verdad, tenían que acatar el oscurecimiento. Primero fue en busca del tarjetón, que había caído detrás del antiguo canapé del siglo XX, y luego ambas recorrieron la casa, corriendo las cortinas de terciopelo negro sobre los vidrios de las ventanas.

Paulina volvió a hacer cabriolas. La señora Snowden no comprendía cómo podía moverse tanto, con tan pocas calorías. Tal vez, pensó, fuese una bendición del cielo tener que cuidar de aquella criatura; de este modo mantenía su contacto con la vida. Incluso captó un eco de aquella alegría y ambas corrieron de estancia en estancia como heraldos de buenas noticias dejándolas en tinieblas antes de encender las luces sónicas. Luego subieron al primer piso, después de detenerse en la ventana del rellano, para entrar corriendo en los dormitorios hasta crear nuevas ciudadelas que las defendían de aquella tétrica oscuridad. Paulina se tiró riendo sobre su camita. La señora Snowden la levantó para desnudarla y meterla entre las raídas sábanas. La niña, a quien involuntariamente hacía cosquillas, se reía.

La besó y la dio las buenas noches, apagó la luz, cerró la puerta y entonces terminó de recorrer tranquilamente la casa, apagando todas las restantes luces en el primer piso y en la planta baja.

Así que su abuela se hubo ido, Paulina saltó de la cama, entró corriendo en el cuarto de baño, abrió el pequeño botiquín y sacó un frasco en cuya etiqueta se leía «Píldoras Somníferas». Desenroscando la tapa, se tragó una píldora, haciendo visajes ante el espejo. Luego volvió a dejar el frasco en el estante y cerró de golpe la puertecita del botiquín, sonriendo pícaramente ante su pequeño secreto.

Ninguna de aquellas cosas tenía nombre, para ella. Al no tener nombre, las cosas sólo poseían un confuso significado. Sus límites eran borrosos, pues para ella todos los objetos se agrupaban en dos grandes categorías: los que la concernían y los que no la concernían.

Regresó ruidosamente a su cama en el silencio que nada podía romper, haciendo muecas a la oscuridad para alejarla. Una vez en la cama, se puso a pensar: robaba las píldoras de su abuela a causa de aquellas imágenes; las píldoras las ahuyentaban y entonces ella podía hundirse en una noche absolutamente oscura.

La que se dominaba era la imagen dolorosa. Un calor, una cara, un consuelo... inmediatamente fue la imagen más vaga, a pesar de que era la más vivida; era de alguien suave

Librodot

que la llevaba y la cuidada; de alguien que ahora nunca venía; de alguien que sólo provocaba, ahora, un ardor de agua en sus ojos.

Apartando aquella imagen se abría paso la imagen aburrida y fastidiosa, representada por aquella persona alta y que olía a vejez, que de pronto se convirtió en todo cuando la otra faltó; sus dedos rígidos, tan torpes al abrochar botones; su lentitud con la estufa; sus cartones con señales extrañas; todo el aburrido misterio de quien era y que hacía.

Luego venía la nueva imagen. La sala al otro extremo de la calle, a donde Paulina era obligada a ir todas las mañanas. Estaba llena de gente menuda, algunas como ella, con falditas y otras con cabellos cortos y movimientos bruscos. Y entre sus asientos andaban personas mayores, llevando también cartones con marcas, tratando con cara desesperada hacerles comprender cosas incomprensibles por gestos de la mano y los dedos.

Aquella imagen que pugnaba por asomar. Algo muy necesario, extraño como los rayos de sol, algo perdido, perdido como la brisa...

La píldora produjo su efecto retardado y Paulina se sumió en un sueño a donde sólo pudo seguirla insidiosamente la neurosis de la perplejidad.

La señora Snowden apagó el globo y se hundió en una butaca. Habían dado una película muda: los últimos descubrimientos científicos habían hecho volver el cine al punto donde se hallaba durante la juventud de su abuelo. Durante un momento ella contempló los ademanes silenciosos, seguidos por letreros con el diálogo:

«Jean: Entonces... ¿Tú sabías que él no era mi padre, Denis?»

«Denis: Desde el primer momento que nos vimos en Madrid».

«Jean. Y yo que juré que nunca nadie lo sabría».

Suspirando, la señora Snowden cortó la mediocre película y se dejó caer en la butaca,
llevándose una mano a la frente. La TV sólo servía para acentuar su aislamiento, su aislamiento en que todos vivían. Pensó con sarcasmo en la frase estereotipada con que los periódicos se referían a aquel conflicto: La Guerra Civilizada... Por un momento deseó que estallase una guerra a la antigua, brutal y primitiva con proyectiles teledirigidos y bombas H; en ellas se podía conseguir el anonimato de Henry Moore, mezclándose entre la masa en los refugios subterráneos. En la actualidad, a cada ser humano le era impuesta su propia individualidad, hasta que la conciencia de sí mismo se convertía en un fardo que terminaba por hundir al ser humano en un océano de soledad.

Luego que comenzaron las hostilidades, el marido de la señora Snowden partió para todo el tiempo que éstas durasen. Realizaba una labor secreta... Nunca le dijo dónde. Hasta hacía dos años, por Navidad él siempre le mandó una postal; luego estuvo un año sin enviársela y después, a causa de la escasez de papel, se prohibió el envío de postales. Por lo tanto, ella ignoraba si aún vivía; era curioso comprobar el poco interés que esto despertaba en ella. El desconsuelo y la nostalgia habían dejado de poseer importancia.

La señora Snowden vino a vivir aquí, en su antigua casa, en compañía de sus padres, cuando le dieron excedencia en la Universidad, donde todas las cátedras fueron clausuradas, excepto las de carácter más práctico. Durante los duros inviernos que siguieron, primero murió su madre, a la que su padre no tardó en seguir a la tumba. Después su hija casada pereció en un ataque sónico. Paulina, que aún no andaba, fue a vivir con ella.

Librodot

Todo aquello era impersonal y frío, se dijo. Los hechos servían para explicar cómo se llegó a aquella situación; pero en cuanto a tratar de explicarse la situación en sí...

En todo el mundo, nadie podía oír nada. Este era el único hecho que importaba de verdad.

Levantándose, apartó un borde de la cortina. Un harapo de sucia luz diurna estaba todavía colgado sobre el dentado talón de fondo formado por la chimenea. Cuanto más se apiñaban aquellas casas, más sensación de aislamiento le producían. Los tiempos estaban maduros para la locura, dijo en voz alta, empañando el vidrio con su aliento: tenía que suceder algo grandioso y horrible, que rompiese el monótono encadenamiento de los días.

Sus ojos recorrieron las tres hileras de antiguos libros de estudio colocados sobre su mesa de trabajo: el Fin del Siglo XIX, de Jackson; la Fantasía Científica de comienzos del siglo XX, de Montgomery; los Novelistas de la Era psicológica, de Slade; el Zola, de Wilson; el Wilson, de Nollyvend... una hilera de do-dos[2], tan difuntos como los cursos de Literatura Inglesa que antaño alimentaron.

-¡Todo muerto! - exclamó -. ¡Una cultura coventrizada! - susurró, yendo a buscar algo que llevarse a la boca.

-Pero tú, vieja bruja - se dijo -, tú sobrevivirás.

La comida estaba formada por los acostumbrados vibro-cultivos, insípidos, que dejaban ahito sin alimentar en exceso. Los hospitales de Inglaterra tenían tantos casos de beri-beri como heridos. El sonido gobernaba aquel mundo de sordos. Destrozaba los edificios, mataba a los soldados, rasgaba los tímpanos e inflaba las proteínas sintetizadas obtenidas mediante mezclas de aminoácidos.

La Revolución Sónica se produjo a comienzos de aquel nuevo siglo, después de treinta años de paz. El progreso tomó un nuevo rumbo. Todo fue muy sencillo y completo; bastaba con hacer pasar la tensión electroestática necesaria por las placas de cuarzo adecuadas y... ¡Bum! ¡Se podía conseguir todo! El resultado más espectacular de esto fue una guerra total.

Las potencias beligerantes respetaban ciertas prohibiciones humanitarias: no se podían utilizar gases asfixiantes ni tampoco armas de fisión o fusión. Tenía que ser, naturalmente, una Guerra Civilizada. El MV (movimiento vibratorio) tuvo el campo libre. Gracias al MV, se consiguió acelerar el crecimiento de las células vegetales, hasta hacer que aumentasen un millar de veces su tamaño, con el resultado de que así una sola patata proporcionaba comida para dos años. Las ondas supersónicas consiguieron también pulverizar ladrillo y metal, con el resultado de que las ciudades se podían convertir en un polvillo impalpable con la mayor comodidad. El MV también convirtió el oído humano en un cartílago inútil y retorcido. No parecía haber límites para su adaptabilidad.

La señora Snowden comió su ración de levadura hinchada con dignidad, pensando en otras cosas. Pensó, por ejemplo - pues últimamente había buscado más amplios horizontes para su pensamiento - en el curso de la historia humana, en su paradójica igualdad y variedad. Se hallaba sumida en estos pensamientos, cuando algo la obligó a mirar al tubo colocado sobre la repisa de la chimenea.

El tubo era parte integrante del mobiliario de todas las casas, en aquella época. Era un tosco aparato auditivo, cuya misión consistía en señalar cuando la sirena de la localidad anunciaba un ataque sónico.

[2] El dodo es un ave extinguida de Madagascar.

Librodot

Ella lo miró con indiferencia. La semilla de licopodio se agitaba perezosamente en su tubo; temía de entrar la humedad, pues no adoptaba la forma apropiada. Ella siguió comiendo, sumida en fúnebres meditaciones acerca de las generaciones futuras y preguntándose hasta qué punto la esencia vital de la tradición se perdería bajo aquel manto de sordera.

Lo indicado hubiera sido que, luego que vio agitarse la semilla, hubiese ido en busca de Paulina para salir con ella al aire libre. Cuando funcionaba la sirena, todos salían de sus casas para quedarse pacientemente esperando bajo el cielo descubierto; así, si las ondas sonoras barrían sus moradas, se verían momentáneamente envueltos por la polvareda que señalaría la desaparición del edificio, pero sin recibir mayores daños. La señora Snowden ya no quería seguir molestándose con aquellas simplezas.

En su opinión, era muy poco digno permanecer de pie bajo las caricias del aire helado esperando que sucediese algo. Si sobre sus cabezas diesen vueltas unos aviones enemigos, ella hubiera salido para apostrofarlos; pero sobre ella sólo tendría el cielo tranquilo, el eterno silencio y la brusca pulverización... o el regreso borreguil de todos a sus camas, abatidos y tristes.

" Se fue con el plato a la cocina. Cuando volvió a entrar en el salón, una copia de la «Joven Egipcia», de Mellor, cayó silenciosamente al suelo, haciéndose pedazos.

La señora Snowden la contempló, atónita. Luego, obedeciendo a un súbito impulso, corrió a la ventana y miró al exterior. Las casas contiguas habían desaparecido.

Dejando caer la cortina, se dirigió corriendo a la escalera. Zarandeó a Paulina antes de poder readquirir el dominio de sí misma y entonces no supo si fue el pánico o el júbilo lo que la hizo salir corriendo.

-¡Las casas han desaparecido! ¡Las casas han desaparecido!

Pero sólo le respondió el silencio, en medio del cual la niñita se despertó perezosamente.

La señora Snowden la tomó en brazos para bajar precipitadamente la escalera y salir corriendo al jardín con la niña, dejando que una brillante faja de luz cruzase los vacíos parterres. Era posible que, alto y silencioso como un monitor se cerniese sobre sus cabezas, pero ella se hallaba demasiado excitada para que esto la preocupase.

Por pura casualidad, sólo había quedado en pie su casa. A su alrededor se extendía, en varios kilómetros a la redonda, un nuevo desierto ondulado, sobre el que el polvo aún estaba depositándose. La novedad, la diferencia que aquello significaba era algo maravilloso. A la señora Snowden no le pareció una catástrofe, sino una liberación.

Entonces vieron a los gigantes.

A pesar de que la distancia les daba una apariencia vaga, sin embargo, eran completamente . reales, por increíble que aquello resultase. Eran altos... ¿Cuánto? ¿Tres metros, cinco? ¿Más aún? Horrorizada, la señora Snowden pensó que fuesen tropas enemigas. Esta era la última aplicación del sonido: aumentaba también de tamaño la célula humana, con la misma facilidad con que aumentaban las células vegetales. Recordó por un momento haber leído en alguna parte que los gigantes humanos no podrían sobrevivir, era una imposibilidad o algo parecido, pero esta idea pronto fue barrida por el temor.

Los gigantes aún estaban creciendo. Eran más altos que una casa... Sobrepasaban ya los diez metros. Empezaron a balancearse, como bailarines ebrios.

Lo irreal de la situación la dejó atónita. Paulina se echó a llorar.

Sintió frío en sus miembros y tembló involuntariamente. La alarma se hizo personal entonces, sintió terror ante la presencia de algo desconocido en su sangre. Se llevó una mano a los ojos. Vio una mano enorme. Extendió el brazo. Ella también crecía.

Comprendió entonces que los gigantes no eran soldados enemigos, sino víctimas del ataque sónico. El ataque hizo salir a la gente de sus casas. Estas fueron arrasadas por una clase de MV. Otro tipo de MV infló las personas, hinchándolas como grotescos muñecos de goma. Sencillo. Científico. Civilizado.

La señora Snowden se tambaleaba como un árbol herido de muerte. Dio un paso torpe para mantener el equilibrio. Sintiendo vértigo, miró a ventana cegada de su dormitorio y se alejó de la casa con paso vacilante para no caer sobre ella. No sentía dolor. Los circuitos estaban desconectados. Solamente torpor: torpor y un crecimiento demencial.

Aún podía ver confusamente a los gigantes que bailaban. Entonces comprendió por qué bailaban. Trataban de adaptarse a su nuevo estado. Antes de que pudiesen conseguirlo su metabolismo falló. Cayeron con los brazos extendidos sobre el desierto como unos gigantescos cadáveres polvorientos, llenos de sonido y silencio.

Es la primera diversión que he tenido desde hace años, pensó con sarcasmo la pobre señora Snowden, antes de que su corazón fallase bajo aquella carga excesiva, representada por su cuerpo de gigante.

Cayó al suelo; el letrero con las palabras NO HAGAS ESTO se desprendió de su pecho y revoloteó alegremente antes de caer en el polvo.

Paulina ya era más alta que su abuela. Su joven organismo ansiaba el crecimiento. Lanzó un grito de pasmo y maravilla cuando su cabeza se elevó hacia el cielo oscuro. Vio caer a su abuela. Vio también el pequeño abanico de luz sónica que salía por la minúscula puerta de entrada de la casa. Caminó hacia el desierto para mantener el equilibrio. Luego echó a correr. Vio como el suelo se empequeñecía. Notó el calor de las estrellas, la curvatura de la Tierra.

En su cerebro, los deleitados pensamientos eran como avispas en un bote de miel, abejas en una colmena, moscas en una capilla, mosquitos en una fábrica, moscas en el Sahara, chispas que ascendían por una chimenea eterna, un cometa que caía incesantemente en un silencioso vacío, una voz que cantaba en un nuevo universo.

Librodot